

Amarraperros No. 1
Grabado
1975

SITUACION DE LA HISTORIOGRAFIA LATINOAMERICANA

Tulio Halperin Donghi

Introducción

Me propongo referirme a un tema que no debiera entusiasmar a ninguna persona en su sano juicio: el estado actual de la historiografía latinoamericana. Es un tema para la perplejidad y quizás el desasosiego, no para las aseveraciones impertérritas sobre las tendencias que prevalecen en la actualidad y sobre su proyección en el futuro. La historia latinoamericana es doblemente problemática. De un lado, la historia, en cuanto disciplina, está experimentando cambios cuya orientación general apenas puede barruntarse.

Estos cambios han logrado erosionar aunque sin llegar a sustituirlas, las certezas en que hace un cuarto de siglo se fundamentaba el trabajo de la mayoría de los historiadores. En cambio, de lo que hoy disponemos es de una disposición a explorar nuevos rumbos temáticos e interpretativos. Esta actitud, surgida en un clima de optimismo irrestricto, aparentemente sobrevive en gran parte como una búsqueda cautelosa de nuevas claves interpretativas para sustituir a las que fueran repudiadas, acaso con excesiva precipitación, bajo la influencia del talante eufórico que la vio nacer.

La erosión de certidumbres disciplinarias no resulta especialmente benéfica en nuestra área específica de estudios, la que dependió largo tiempo de inspiración proveniente de sectores establecidos más sólidamente. Tan sólo ayer Enrique Florescano nos suministraba una nueva imagen, sutil y rica, de la edad de plata en el México de los Borbones, al aplicarle a ésta las lecciones de la escuela de los *Annales*. Nadie puede prever el resultado probable si los noveles estudiosos latinoamericanos se empeñan en hallar una lección semejante en la juvenil avidez de Emmanuel Leroy Ladurie por incluir en cada uno de sus libros un nuevo modo de escribir la historia. No puede negarse que Leroy Ladurie obtiene resultados muy llamativos al renunciar a toda *gravitas* magistral para consagrarse en cambio a un *ballet* de ideas suma-

mente inventivo, pero nuestro campo, relativamente reciente, no puede aún prescindir de maestros que buscan enseñar antes que deslumbrar.

La historia latinoamericana necesita esos mentores no sólo por tratarse de una disciplina joven sino ante todo porque la unidad y la coherencia no le son inherentes a su materia: sólo el marco conceptual producido por el historiador puede imponerle esos rasgos. El estudioso de la historia de los Estados Unidos podrá preguntarse cómo se define lo que ésta contiene de específicamente "americano"; tal cosa no lo llevará a poner en duda la existencia de los Estados Unidos en cuanto objeto razonable delimitado de estudio. En cuanto a América Latina, si bien ha pasado de moda controvertir su existencia en cuanto unidad definida apta para el estudio histórico, es un hecho que su historia global, a menos que sea en forma muy superficial, sólo en casos excepcionales puede cultivarse en la propia América Latina. En el Colegio de México se habla, con orgullo y con razón, de que su colección de historia latinoamericana es la mejor de la América hispana; pero no es tan rica como las que nos muestran en universidades norteamericanas recién llegadas a ese campo y cuyos directores, en lugar de exaltar sus tesoros, prefieren referirse a sus planes de futuras adquisiciones.

Dentro de estas circunstancias, no resulta sorprendente que durante más de un siglo los historiadores latinoamericanos hubieran preferido concentrarse en sus respectivas historias nacionales y dejarle a sus colegas ajenos a la región la tarea de ocuparse del conjunto. ¿O fueron las cosas al revés? ¿La persistente carencia de una infraestructura académica que abarque la totalidad de América Latina deriva de que esos historiadores concebían su empresa como la construcción de una historia nacional, de acuerdo a los prestigiosos modelos de sus mentores liberales-nacionalistas en Europa, y no estaban interesados en lo que de común tenían los nuevos países, es decir un pasado colonial de atraso y de opresión y su amarga herencia, a los que más valía dejar en el olvido?

Esta división del trabajo —censurable quizás, pero al menos bien definida— ha sido casi completamente abandonada, aunque los recursos para trabajar en la historia latinoamericana desde la propia América Latina no sean muy superiores a los de un siglo atrás. La historiografía liberal-nacionalista gradualmente se convirtió en un culto vacío al pasado nacional. A causa de esto, en los últimos cincuenta años, más o menos, los historiadores latinoamericanos han ido prescindiendo poco a poco del marco establecido por los fundadores de sus historiografías nacionales. Estos historiadores decidieron explorar, todavía en su mayor parte dentro de fronteras nacionales que casi nunca podían rebasar con sólo las fuentes que hallaban a su alcance, justamente las mismas cuestiones que habían estado atrayendo la atención de las latinoamericanistas de otros países.

Para los no latinoamericanos, el cambio de énfasis sobre temas y problemas se ha producido de manera menos espectacular, y se pone de presente en el lento pero continuo tránsito de la historia de la conquista a la de la colonización y a dos dimensiones decisivas de esta última: la creación de una sociedad colonial y la de un sistema político y administrativo imperial. En el útil cuarto de siglo la expansión del campo latinoamericano en las facultades de historia de los Estados Unidos y, en menor grado, de Europa se ha reflejado en la emergencia de una nueva generación de estudiosos extranjeros ansiosos de adelantar investigaciones sobre la historia postindependiente de las nuevas naciones. Al mismo tiempo, una nueva promoción de historiadores nacionales latinoamericanos —formados en los Estados Unidos y más frecuentemente en Europa— promoción a la que al cabo de los años se han venido incorporando sus discípulos— emprendió el estudio de su historia nacional armada con los descubrimientos y los métodos aprendidos de sus mentores de ultramar. De otro lado, y pese a todas las dificultades para obtener desde América Latina una visión global y coherente de la propia América Latina, algunos estudiosos latinoamericanos (los que, no por casualidad, tienen acceso a centros de investigación en el mundo desarrollado y por consiguiente a los recursos de que disponen dichos centros) se han mostrado ansiosos por emitir sus propias opiniones sobre la trayectoria de la historia latinoamericana. En los últimos decenios, la tendencia ha llegado a un contrapunto evidenciado en las publicaciones de André Gunter Frank, Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, Stanley y Barbara Stein, Marcello Carmagnani, Richard Morse y Claudio Veliz (para sólo mencionar a unos cuan-

tos de los que han logrado una repercusión significativa dentro de la comunidad académica y más allá de ésta). Su obra refleja de manera reveladora la complejidad con que una experiencia nacional específica puede influir en la perspectiva de un autor sobre el pasado latinoamericano (y en sus especulaciones sobre el futuro latinoamericano).

Si bien todo esto dificulta más aún la tarea de explicar la situación en que se halla la disciplina, tal cosa no implica forzosamente que el momento actual no sea estimulante para el trabajo en este campo. Es impredecible el camino que habrá de tomar la historiografía latinoamericana; la actual disposición del terreno es quizás tan enigmática como su futuro. Pero la tendencia más reciente es atribuible sólo en parte al desengaño con las orientaciones heredadas que hasta hace relativamente poco gobernaron su trayectoria. Es consecuencia en igual medida del descubrimiento de problemas y de cuestiones nuevas (o, más a menudo, a las nuevas dimensiones que unos y otros asumen) mucho más interesantes de lo que se sospechaba en el pasado. El resultado es que el observador podrá encontrar casi desiertos muchos de los caminos reales en la historiografía latinoamericana, en tanto que algunos de sus recodos, ignorados antes, pululan afanosas exploraciones y animadas discusiones.

No voy a tratar de atribuirle a este campo una unidad de que carece. Me gustaría mostrar la multiplicidad de sectores en los que actualmente se efectúan progresos y, para hacerlo, concentrarme en los trabajos que me parecen representativos de las tendencias más promisorias en la historiografía latinoamericana de hoy. Aquí se impone una aclaración: no me propongo suministrar ex cátedra una lista de libros valiosos y de historiadores meritorios; ni realizar un inventario exhaustivo de los tópicos, subtópicos y temas sobre los que actualmente se trabaja. Mi perspectiva está basada en ciertos supuestos implícitos en torno a lo que prometen áreas y temas abiertos para su exploración dentro del pasado latinoamericano, y el paisaje historiográfico trazado a partir de tales supuestos necesariamente habrá de parecerle erróneo a quien juzgue disparatados esos supuestos. Me doy perfecta cuenta de lo arbitrario de este ejercicio. Pero no estoy dispuesto a ofrecer excusas por estas posibles limitaciones; permitirse el lujo de la que esperamos sea una arbitrariedad constructivamente provocadora es la principal razón de ser de este tipo de esfuerzo. Evidentemente su propósito no puede ser el de glosar el contenido de las correspondientes secciones en los últi-

mos volúmenes del *Handbook of Latin American Studies*, reorganizadas en párrafos más largos.

Mi presentación procederá a la manera tradicional que divide el campo en subregiones (caribeña, brasileña, hispanoamericana y, especialmente en este último caso, recalca también la división entre el período colonial y el posterior a la independencia). Al comenzar con el Caribe y proseguir con el Brasil, soy consciente de pisar territorios casi desconocidos para mí. Por consiguiente, me propongo ser más sumario en estos tópicos; y me disculpo por ser menos categórico y más ecléctico que cuando me siento en terreno más firme. Incluso así no estoy seguro de haber eludido trampas que, invisibles para mí, posiblemente son obvias para observadores más duchos.

El Caribe

Como campo unificado de historia el Caribe es —insistamos en lo obvio— sumamente problemático. La región de los primeros poblamientos hispánicos se convirtió pronto en un charco imperial que sólo fue saliendo poco a poco de su letargo después de que el dominio español comenzara a erosionarse ante la intrusión de sus rivales en Europa. El enfoque más tradicional, centrado en torno a la historia imperial y a la historia de las rivalidades imperiales en la política, la guerra y el comercio, convirtió a estos conflictos en la sustancia misma de la historia del Caribe (una perspectiva tan desacreditada dentro de la profesión que ni siquiera el obvio impacto en la región del imperialismo del siglo XX ha logrado que reviva en interés por lo que pudiera tener de relevancia para el presente). Recientemente, la historia del Caribe se ha venido organizando en torno al tema común de la plantación esclavista, de su impetuosa expansión, su rápida caída y al tipo de sociedad fragmentada y mal integrada que dejó tras sí. ¿Es posible estructurar una historia coherente de la región centrada sobre este tema? Quizás sí. Pero basta con recorrer el galante intento de Franklin Knight de lograr precisamente eso, en *The Genesis of a Fragmented Nationalism*¹, para persuadirse de que no ha llegado aún el momento de efectuar esa síntesis.

Teniendo en cuenta la existencia de un campo de historia caribeña (aunque más como aspiración reflejada en una agenda para el futuro que como

un marco histórico integrado), limitaremos nuestras observaciones al Caribe hispánico. Por supuesto que allí los aportes más importantes provienen de Cuba, y sólo recientemente la historia decimonónica de Puerto Rico está comenzando a ser formulada de nuevo por historiadores conscientes de los temas y de los problemas que la isla comparte con el conjunto de la región². La antigua Cuba tenía una tradición historiográfica y su tardío acceso a la independencia hizo que fuera más breve y menos completo el predominio de la envilecida versión patriótica de la historiografía nacional, tan influyente en el continente hispanoamericano. El carácter ostentosamente parcial de la independencia lograda por Cuba le infundió incluso a su historiografía patriótica un tono más militante y menos vacuamente apologético que el predominante en el resto de la América hispana.

El hecho de que el estado nacional y su historia fueran aspectos relativamente nuevos —y comparativamente menos influyentes— de la vida cubana si bien no era necesariamente favorable a la aparición precoz de una historiografía cubana alerta a las dimensiones no políticas de la historia, le confiere un significado histórico excepcional a los estudios que se ocupaban de problemas cubanos desde perspectivas distintas a las de la historia. Ejemplos de esto son los estudios de Fernando Ortiz así como el elocuente manifiesto de Ramiro Guerra y Sánchez³, a partir del cual historiadores y no historiadores por igual habrían de adquirir algunas de sus nociones básicas sobre el transcurso de la historia cubana.

El cambio radical introducido por la revolución socialista cubana tuvo en su historiografía una repercusión más compleja y más ambigua de los que hubiera cabido esperar. Algunos historiadores se marcharon, entre ellos Levi Marrero quien, terminada la hercúlea tarea de reconstruir la historia de “los siglos vacíos” anteriores a la expansión de la plantación azucarera, se dispone ahora a abordar ese inmenso tema⁴. Otros se quedaron (o retornaron del exilio o del semiexilio) y aseguraron

1. Franklin W. Knight. *The Caribbean, The Genesis of a Fragmented Nationalism*, Nueva York, 1978.

2. Laird W. Bergaad, *Coffee and the Growth of Agrarian Capitalism in Nineteenth Century Puerto Rico*, Princeton, 1983 y Francisco A. Scarano, *Sugar and Slavery in Puerto Rico. The Plantation Economy of Ponce, 1800-1850*, Madison, 1984.

3. Ramiro Guerra y Sánchez, *Azúcar y población en las Antillas*, 3a. edición, La Habana, 1944.

4. Levi Marrero, *Cuba: Economía y sociedad*, vol. I-VIII, Río Piedras, 1972-80.

así una continuidad con un pasado historiográfico en nada desdeñable. Guerra y Sánchez habría de morir en La Habana en 1971, pero su admirable manual sobre la historia de Cuba hasta 1868⁵ se sigue usando como texto escolar. Julio Le Riverend tuvo una carrera muy exitosa en la Academia y en la Biblioteca Nacional. La reproducción fotostática de los capítulos sobre la historia económica de Cuba, reunidos en un grueso volumen, y que fueron su aporte a la historia de Cuba en varios tomos editada por la Academia prerrevolucionaria⁶ siguen siendo el texto sobre historia económica de Cuba que se estudia en las universidades del país.

El producto historiográfico más importante de la nueva Cuba, *El ingenio* de Manuel Moreno Fragnals⁷ tiene también sus raíces en la historiografía cubana prerrevolucionaria pero se aparta mucho de sus corrientes principales. Esta reconstrucción magistral de una sociedad esclavista cumple por una vez las ambiciosas promesas de la historiografía marxista al desarrollar sus explicaciones a partir de las relaciones de producción y al abarcar, dentro de un trazado sutil y tortuoso, los aspectos aparentemente más remotos de la historia ideológica y cultural. La obra obtiene ese logro excepcional al incluir dentro de un estudio detallado de la economía y de la tecnología de producción azucarera, el análisis de las ideas sociales y políticas del siglo XIX y sus vinculaciones a una realidad cubana, asuntos que habían sido examinados con férrea honestidad intelectual por Raúl Cepero Bonilla en su libro precursor, *Azúcar y abolición*⁸.

El enfoque de Cepero Bonilla nunca fue popular en la antigua Cuba. En un esfuerzo por enfrentarse a lo que los demás historiadores examinaban presurosamente y con las debidas reticencias, Cepero Bonilla trató de buscar en la sociedad de plantación las raíces de la élite patriótica cubana. Esta interpretación fue recibida mal por un público desesperadamente ansioso de hallar en el pasado razones para un ilimitado orgullo nacional

que compensara la humillante aquiescencia de la Cuba republicana a la falsa independencia obtenida al finalizar la dominación española. Quizá no debe ser sorprendente el que estas opiniones no hubieran obtenido una popularidad inmediata en la nueva Cuba. Lo que en ese momento las hacía inoportunas era la necesidad (sentida profundamente por los nuevos gobernantes) de preservar la continuidad histórica de las tradiciones revolucionarias cubanas, desde 1868, como fecha más tardía, a su culminación en 1959. Juan Pérez de la Riva, cuyos criterios estaban muy cerca de los de Moreno Fragnals, habría de descubrir que sus rigurosas observaciones sobre José Antonio Saco, sobre su martirio (en circunstancias de abundancia y de bienestar que hacen difícil para historiadores educados en el siglo XX reaccionar ante su caso con el asombro y la compasión que se aguarda de ellos) y sobre su abolicionismo, sumamente restringido, no fueron recibidas en la Cuba revolucionaria con mayor entusiasmo al que suscitaban en la Cuba anterior a 1959⁹.

La carencia de popularidad inmediata de estas opiniones contribuye a explicar lo que se verifica fácilmente al hacer un recorrido por la actual producción historiográfica cubana: a saber que el ejemplo de Moreno Fragnals no disfruta de una autoridad conmesurada a la sin par excelencia de su obra. Hay otro factor que también pesa en la limitada influencia en Cuba de la obra de Moreno Fragnals: este sincero revolucionario pertenece irremediabilmente a la vieja Cuba. Entre ésta y la nueva —e incluso en la ausencia de discrepancias ideológicas— se ha creado una tierra de nadie como resultado de demasiadas generaciones vacías, de un cambio radical en la textura de la vida nacional, desde sus ritmos cotidianos hasta su estilo cultural y —factor relacionado más estrechamente con la historiografía— de la difícil integración de la vida científica y académica de Cuba dentro de un sistema internacional diferente, que tiene su propio estilo y sus propias rutinas, así como sus supuestos y restricciones ideológicos específicos. Los resultados de este largo parto no son todavía visibles en una nueva forma específica de la historiografía cubana, y dependen en buena parte de la futura evolución de corrientes historio-

5. Ramiro Guerra y Sánchez, *Manual de Historia de Cuba*, La Habana, 1938.

6. Julio Le Riverend, *Historia Económica de Cuba*, 4a. edición, La Habana, 1974.

7. Manuel Moreno Fragnals, *El ingenio: el complejo económico-social cubano del azúcar*, 2a. edición, 3 volúmenes, La Habana, 1978.

8. Raúl Cepero Bonilla, *Azúcar y abolición: Apuntes para una historia crítica del abolicionismo*, La Habana, 1947.

9. Tanto que no son ni siquiera mencionados en la cálida presentación que hace Ramón de Armas de Pérez de la Riva ("Prólogo" a J. Pérez de la Riva, *El barracón y otros ensayos*, La Habana, 1975) que es por otra parte franca, hasta el punto de reconocer o admitir la arrolladora presencia judía en el partido comunista cubano de los años veinte (que por obvias razones no era un tema muy popular en la Cuba de principios de los setenta).

gráficas menos estáticas de lo que pudiera esperarse a partir de sus profesiones de fe político-ideológicas.

Las restricciones para los investigadores extranjeros debido a su acceso limitado a las fuentes cubanas inevitablemente se reflejan en sus obras; el estudio de Knight sobre la esclavitud¹⁰, si bien ofrece una síntesis vigorosa y sesuda, apoyada en una considerable investigación basada en fuentes primarias, realmente no abre terrenos nuevos. Sólo en tópicos muy específicos como los estudiados por Louis B. Pérez¹¹, la abundancia de fuentes externas (y la precariedad de los estudios anteriores) le permiten al historiador adoptar una posición más independiente respecto a investigaciones previas. Incluso aquí no puede prescindirse del contraste entre la rica reconstrucción de las reacciones estadinenses y el tratamiento, necesariamente más sumario, del proceso cubano. Mientras el futuro de la historiografía cubana en Cuba depende del futuro desarrollo de la vida cubana dentro del nuevo marco político e internacional establecido por la revolución, el futuro de los estudios históricos cubanos en el extranjero sigue todavía siendo rehén de políticas imperiales.

Todo esto contribuye a que la historiografía cubana siga estando próxima a la de otras áreas del Caribe con una tradición menos rica y menos sólida de estudios históricos. Para Cuba resulta más fácil elaborar análisis perspicaces de éste u otro rasgo de su pasado que obtener un nuevo sentido, más general, de su historia. (La excepción es la obra audaz y lograda, aunque aislada, de Moreno Fragonals. Pero incluso esta obra maestra, admirablemente concisa, forzosamente deja por fuera procesos importantes y conexiones significativas).

Brasil

El paisaje historiográfico del Brasil es muy diferente. Aquí la abundancia de cabos sueltos no se debe tanto a un enfoque inevitablemente fragmentario a un objeto de estudio unificado sólo parcialmente, cuanto a la abundancia de nuevas vías de exploración que al mismo tiempo que responden a viejas preguntas exige que se planteen otras nuevas. Una consecuencia de ese fenó-

meno es la creciente percepción de las vigorosas particularidades de la experiencia colonial brasileña dentro del molde ibérico. Constituido como campo separado debido a sus conexiones con la historia de Portugal y del imperio portugués, atrajo a su estudio a investigadores con una formación distinta a la de aquellos que se consagraron al estudio de la experiencia colonial española, sólo paulatinamente empezaron a descubrirse las vastas consecuencias del peculiar modo de integración del Brasil dentro de su sistema imperial, y todavía no han sido evaluadas con la precisión que fuera de desear. No obstante, está ya claro que el lento desarrollo del Brasil como una colonia de poblamiento (para emplear la anticuada expresión) no sólo fue muy distinto al del modelo dominante hasta el siglo XVIII en la América española, donde los conquistadores se esforzaron por reorganizar en su beneficio las sociedades altamente desarrolladas que estaban gobernando, sino que lo era también respecto al imperio portugués del Viejo Mundo, constituido entonces como una red de emporios mercantiles apoyados en una base territorial mínima. Estas diferencias plantean problemas históricos diferentes por muy importantes conceptos a los que constituyen el meollo de la historiografía colonial hispanoamericana.

La historia del Brasil colonial permaneció estrechamente integrada al marco del imperio portugués durante un período más prolongado que en el caso de la América española y el sistema colonial hispánico. Hay varias razones convincentes para esa integración: la relativa homogeneidad de la gigantesca colonia portuguesa, su tardío florecimiento (incluso al finalizar la era colonial su población era relativamente escasa, la mitad apenas de la de México), su compleja integración dentro de un sistema imperial más heterogéneo y —no menos importante— su dependencia de la esclavitud y de la trata de esclavos, como resultado de las cuales el desarrollo de economía y la sociedad coloniales fueron menos cerrados que en el otro imperio ibérico. No resulta sorprendente así que las obras de Charles Boxer después de la segunda guerra mundial mantuvieran su adhesión a un marco imperial que unos decenios atrás había perdido su ascendencia en la historiografía colonial hispanoamericana. Tampoco en América hispana hay un equivalente a la obra más reciente de Kenneth Maxwell *Conflicts and Conspiracies*¹² aunque dentro de su propio contexto luso-brasileño

10. Franklin W. Knight, *Slave Society in Cuba during the Nineteenth Century*, Madison, 1970.

11. Louis A. Pérez, *Intervention, Revolution and Politics in Cuba, 1913-21*, Pittsburgh, 1978; *Cuba between Empires, 1787-1902*, Id., 1982.

12. Kenneth R. Maxwell, *Conflicts and Conspiracies: Brazil and Portugal, 1750-1808*, Cambridge, Inglaterra, 1973.

este vigoroso trabajo resulte excepcional en su capacidad de desenmarañar los hilos de la historia local y la imperial y de hacer con elegante fluidez el viaje ida y vuelta entre Minas Gerais y Lisboa.

Los historiadores del Brasil poscolonial parecen hoy más inclinados a sumarse a los de la era postindependentista para efectuar una exploración de la trayectoria específica de la historia brasileña. Este nuevo enfoque comienza a darle una forma distinta a la imagen del período pre-nacional al destacar cuestiones que habrían de volverse decisivas en la era nacional.

Son pocas las tentativas por explorar dentro de una perspectiva imperial, la prehistoria colonial de esas cuestiones y quizás sea mejor que así haya acontecido. Incluso los comentarios, sumamente inteligentes e ingeniosos, de Fernando Novais no resultan convincentes del todo¹³. Las conexiones de los cambios dentro del modelo imperial (reconstruidas también por Novais a partir de una base limitada de hechos y de opiniones de la época) entre las prácticas administrativas reales y la trayectoria concreta de la historia colonial del Brasil distan de aparecer con claridad. Sea cual fuere la razón, el período colonial exige que se le consagre considerable atención en el futuro. Falta mucho para lograr respecto a la totalidad de la historia colonial brasileña el dominio de los procesos generales y de los detalles significativos obtenidos por Dauril Alden¹⁴ para una etapa más breve, aunque de reconocida importancia, en el desarrollo de las instituciones imperiales.

Desde esta perspectiva institucional, la historia de la administración imperial se presta a un tratamiento no sustancialmente distinto al que predomina en la historiografía hispanoamericana. Resulta revelador que la obra de Stuart B. Schwartz sobre la magistratura de Bahía¹⁵ aplique su inspiración weberiana conforme al ejemplo de los estudios de J.L. Phelan sobre la administración colonial española. Es verdad que sus conclusiones recalcan una vez más —implícita más que explícitamente— las diferencias entre los estilos

administrativos de los dos imperios ibéricos; pero se llega a este resultado mediante la exploración de un territorio conceptual común.

Hay otra diferencia crucial entre las dos secciones neoibéricas del continente americano. El papel de la esclavitud es mucho más dominante en Brasil, mientras que los equivalentes brasileños a fuentes alternativas de trabajo no libre relativamente carecen de importancia en comparación con las de América hispana. En esto el Brasil colonial diverge abruptamente de sus vecinos hispanoamericanos. A causa de esta diferencia, hay en su historia un hilo conductor adicional que no se encuentra en el área hispánica. El examen de la esclavitud como tema historiográfico requiere una perspectiva común y un tratamiento unificado para los períodos de la colonia y la independencia.

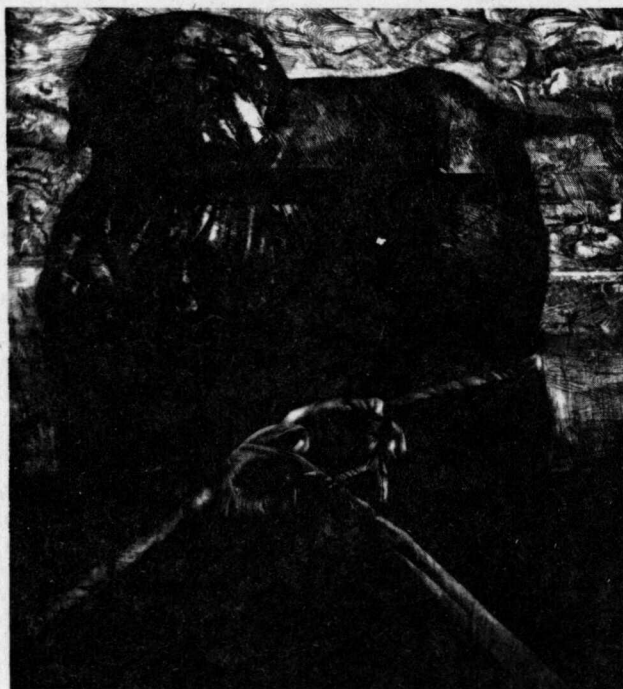
En el Brasil, la más estrecha continuidad político-institucional entre la colonia y la independencia no se debe exclusivamente (ni siquiera principalmente) a las repercusiones de la esclavitud y a su prolongada y vigorosa supervivencia en los primeros tiempos de la independencia. La complejidad y el refinamiento de sus instituciones políticas ofrece un contraste halagador frente a la rudimentaria vida institucional que se constituyó en los primeros momentos de la independencia hispanoamericana. Sus peculiaridades habrían de ser estudiadas con detenimiento y recalcadas con orgullo por los estudiosos de la historia política del imperio brasileño. Tal vez esa no fue una determinación afortunada. El papel de la corona en la política imperial del Brasil (y la emergencia de su "poder moderador") no parecen tan exquisitamente brasileños como lo suponían los comentaristas de la época y los historiadores posteriores. (Se pueden encontrar estrechas semejanzas en las monarquías constitucionales de las regiones menos adelantadas de Europa, desde la España de la restauración a la Italia de fines del siglo XIX y a los Balcanes: realmente, en todas partes donde por falta de un sistema organizado y vigoroso de partidos políticos las elecciones eran ganadas rutinariamente por las facciones privilegiadas por constituir la voz a través de las cuales se expresaba el soberano).

Incluso dentro del contexto brasileño, las instituciones políticas imperiales acaso se pueden entender mejor contra el telón de fondo colonial. Las tácticas utilizadas por el emperador en su papel de árbitro tienen no pocas semejanzas con el estilo político-administrativo de la corona dentro de los

13. Fernando Novais, *Portugal e Brasil na crise do antigo sistema colonial, 1777-1808*, Sao Paulo, 1979.

14. Dauril Alden, *Royal Government in Colonial Brazil, with Special Reference to the Administration of the Marquis de Lavradio, Viceroy 1769-1779*, Berkeley, 1978.

15. Stuart B. Schwartz, *Sovereignty and Society in Colonial Brazil, The High Court of Bahia and its Judges, 1609-1751*, Berkeley, 1973.



Amarra-perros No. 5
Prueba de estado
Aguafuerte, aguainta y punta seca
49 X 54.5 cm
1975

imperios ibéricos, tal como lo describió J.L. Phelan en un artículo memorable¹⁶.

La percepción del imperio brasileño como sistema político se ha ido modificando por la gradual inteligencia de lo que este sistema tiene en común con la Antigua República más que por la aparición de un enfoque comparativo. Medio siglo después de la revolución de 1930, el Imperio y la Antigua República se ven integrados dentro de un Ancien Régime secular, al cual —dentro de una tradición venerable— se vuelven en busca de claves interpretativas los hombres activos dentro de la vida pública o interesados por otros conceptos en la trayectoria actual de la vida pública brasileña. Joaquim Nabuco, un político de primera fila de la Antigua República, se las arregló ayer para escribir una biografía abrumadora de su padre, un político de primer rango en el imperio. La obra incluía una descripción colectiva magistral de la clase política del imperio y una aguda presentación de los mecanismos políticos en que se sustentaba el régimen. Raimundo Faoro, convocado también a la vida pública por una fuerte vocación, escribe hoy un análisis apasionado, inteligente, elegante y

ambicioso intelectualmente sobre las cuestiones que Nabuco había dejado en el trasfondo¹⁷.

Faoro no es el único que trata de redefinir las viejas cuestiones planteadas por la historia política del Brasil decimonónico dentro de un nuevo contexto de ideas. Si en su caso lo que altera los contornos del pasado es la sombra de experiencias políticas muy recientes, se puede ver la influencia de recientes modelos historiográficos de prestigio en la obra de historiadores más estrictamente profesionales (aunque no por ello menos comprometidos políticamente). En gran parte tal es el caso con el influyente *Nordeste, 1817* de Carlos Guilherme Mota¹⁸, admirable por la meticulosidad de su investigación y la sutileza de sus análisis, pero un tanto inquietante en sus conclusiones (al menos para este lector). Quizás valga la pena mencionar las razones de esta perplejidad, ya que están presentes también en varias de las obras más innovadoras dentro de la historiografía brasileña reciente (pueden rastrearse también en el innovador estudio de Fernando Novais sobre las transformaciones del vínculo imperial con Portugal). Mota edifica una interpretación muy ambiciosa del marco social y de los conceptos sociales predominantes en la insurrección de Pernambuco de 1817 sobre la muy estrecha base del empleo por parte de los revolucionarios del término “clase” (dentro de contextos que, como se apresura a aclarar con admirable honestidad intelectual, excluyen hasta la mera posibilidad de una significación análoga a la que posteriormente asumió en la tradición de la sociología empírica marxista). Pese a toda la diligencia del autor, a su visible talento y a su agudeza hermenéutica, queda flotando la duda de si la construcción no resulta muy extensa dada la parvedad de los materiales. Lo que hace más desconcertante la situación es que mientras los historiadores indiferentes a la pertinencia factual de sus investigaciones suelen ser un tanto negligentes en sus investigaciones factuales, Mota (y sus contemporáneos brasileños) no podrían ser más laboriosos y minuciosos en el acopio de sus datos. Como resultado de este enfoque peculiar, tenemos unas obras admirables por su sólida y refinada elaboración pero que no resultan convincentes del todo en sus conclusiones.

16. John Leddy Phelan, “Authority and Flexibility in the Spanish Imperial Bureaucracy”, *Administrative Science Quarterly* V, 1960.

17. Raimundo Faoro, *Os donos do poder. Formação do patronato político brasileiro*, 2a. edición, Porto Alegre, 1975.

18. Carlos Guilherme Mota, *Nordeste 1817: Estruturas e argumentos*, São Paulo, 1972.

En lo que hace a la historia política del Imperio, los historiadores brasileños se han mostrado menos innovadores que con períodos anteriores y posteriores: y el aporte de estudiosos extranjeros, juntamente con el de los provenientes de las otras ciencias sociales, compensa hasta cierto punto esa relativa negligencia. Es muy revelador que los estudios recientes más autorizados acerca de la extinción de la trata de esclavos y posteriormente de la esclavitud hayan sido efectuados por historiadores no brasileños¹⁹. El relativo descuido de sus colegas brasileños en torno a la prolongada agonía de esa peculiar institución brasileña sugiere que ya no hallan en ella, como lo hacían en el pasado, el meollo temático y problemático de la historia del imperio. Tanto ellos como algunos de sus colegas extranjeros están más interesados en cambio en explicar la coexistencia de una administración estatal compleja y centralizada y una sociedad que había obtenido una integración muy limitada (y que, a varios niveles, estaba muy por detrás del grado de desarrollo que permitiría el funcionamiento de esas instituciones). El supuesto tradicional de que el estado central era más que todo apariencia, de que el Brasil estaba gobernado por instituciones más recias y más toscas, mientras que el aparato formal del estado era tan completamente irrelevante a los procesos reales de gobierno que no había razones para desafiarlo (y así su propia longevidad sería la prueba de su debilidad intrínseca) ya no es sostenible sin algunas cualificaciones básicas. Un politólogo, Simon Schwartzman, proponía reemplazar esta suposición tradicional por su contraria: a saber, que tanto bajo el imperio como bajo la primera república Brasil estuvo gobernado por una administración central fuerte y eficaz. Desdichadamente exageró una tendencia, perceptible igualmente en el estudio mucho más documentado de Mota, y sus conclusiones radicalmente innovadoras se basan aparentemente ante todo en su certeza de ser el único que tiene la razón. En forma menos extremada otros estudios tratan de explorar a través de instituciones específicas cómo se pudo obtener la compatibilidad de las instituciones estables y de las fuerzas sociales. Entre los ejemplos de este enfoque están la obra del histo-

riador Thomas Flory sobre el poder judicial²⁰ y la del sociólogo Fernando Uricoechea sobre la guardia nacional²¹.

La Antigua República se presta, quizás mejor que el Imperio, a la exploración de las cuestiones medulares acerca de las relaciones entre el estado y la sociedad. El final del "poder moderador" de la corona colocó estas cuestiones en primer plano, y por consiguiente sus consecuencias se hicieron más conspicuas, aunque no por ello más fáciles de descifrar. Una manera de estudiarlas es a través de la política regional. Joseph Love fue un precursor del tema con su *Rio Grande do Sul and Brazilian Regionalism*²², un estudio que ofrece más aún de lo que su ambicioso título prometía. A fin de situar el estado sureño dentro del sistema republicano le fue necesario buscar una explicación del sistema mismo, lo que efectuó en un sobrio cuadro que si bien le hace justicia a la desconcertante complejidad de la vida política durante la Antigua República, recalca también con firmeza su inestable fusión de tutela militar y de clientelismo parlamentario. El libro inició toda una línea de estudios sobre políticas estatales y ha producido una serie de monografías de admirable competencia (incluida una del propio Love sobre Sao Paulo) pero que no tienen ya ese sabor de audacia intelectual que hacía de la lectura del primer libro de Love una experiencia tan gozosa. Entre éstas, la consagrada a Bahía por Eul Soo Pang se enfrenta sin rodeos a las cuestiones del "coronelismo", que en forma alguna estaban ausentes de los demás libros²³. El intento del autor por establecer una tipología de los *coroneis*, logrado hasta cierto punto, carece sin embargo de suficiente valor aclaratorio.

Atisbos mucho más sugerentes sobre estas enigmáticas figuras políticas se pueden hallar en el libro de Ralph Della Cava sobre un "coronel" bastante atípico, el padre Cicero²⁴, un estudio que contribuye más a la línea de estudios sobre políti-

19. Leslie Bethell, *The Abolition of the Brazilian Slave Trade—Britain, Brazil and the Slave Trade Question, 1807-1869*, Cambridge (Inglaterra), 1970; Robert J. Conrad, *The Destruction of Brazilian Slavery, 1850-1888*, Berkeley, 1972.

20. Thomas J. Flory, *Judge and Jury in Imperial Brazil: Social Control and Political Stability in the New State*, Austin, 1981.

21. Fernando Uricoechea, *The Patrimonial Foundations of the Brazilian Bureaucratic State*, Berkeley, 1980.

22. Joseph L. Love, *Rio Grande Do Sul and Brazilian Regionalism, 1882-1930*, Stanford, 1971.

23. Eul Soo Pang, *Bahia in the First Brazilian Republic*, Gainesville, 1979.

24. Ralph della Cava, *Miracle at Joazeiro*, Nueva York, 1970.

cas estatales que a su tema específico. Ese reticente exiliado de su iglesia que encabezaba un culto local basado en el recuerdo de un problemático milagro era aparentemente una personalidad carismática en el sentido weberiano. Los esfuerzos tenaces y muy inteligentes de Della Cava para penetrar en el contexto religioso del episodio se resienten por esa causa, aunque lo que dice acerca de las tensiones entre impulsos nativistas y lealtades institucionales en el catolicismo brasileño de fines del siglo es agudo y parece convincente. Pero seguramente el largamente esperado estudio de Linda Lewin sobre Paraíba, un estado donde el "coronelismo" floreció con profusión excepcional, contribuirá en mucho a situar la institución no sólo dentro de su contexto político sino también dentro del más complejo constituido por el peculiar papel de la familia en una sociedad donde muchas de las instituciones formales son tardías y desprovistas comparativamente de vitalidad autónoma.

Por supuesto, no irá a ser ella la primera en descubrir la necesidad de integrar los hilos de la explicación histórica y la sociocultural. Historiadores y no historiadores por igual le deben muchas de sus ideas tanto sobre el "coronelismo" como el mesianismo a aportes provenientes de otras ciencias sociales. Si bien sería preferible no aplicarle a *Os sertões* la etiqueta de alguna disciplina específica, su enfoque claramente es no histórico, y lo mismo puede decirse de *Eleicoes, Enxada e Voto*, la obra de un jurista con una mirada aguda y perceptiva para observar la interacción entre las instituciones y la sociedad. Obras más recientes, modeladas en la matriz de ciencias sociales específicas—como los estudios de Maria Isaura Pereira de Queiroz sobre el mesianismo brasileño y sus funciones sociopolíticas—han ejercido también una influencia considerable²⁵.

La segunda república y su desenlace autoritario están actualmente en proceso de incorporarse al territorio de la historia política. Thomas Skidmore efectuó una primera exploración histórica sistemática del período. Los años transcurridos desde la publicación del libro²⁶ le han sido benévolos: básicamente, sigue sonando correcto (aunque con el tiempo ciertas líneas investigativas que dejó de proseguir, en parte porque no cabían dentro de un

esquema general, en parte porque el clima ideológico predominante entonces las hacía menos atrayentes de lo que hoy nos parecen, han ganado la atención de los especialistas y de la opinión pública por igual). Como consecuencia de su prolongado éxito, por un lado, y por otro de la creciente percepción de la complejidad del proceso de cambio durante esos decenios febriles, no parece probable que se haga un intento serio de reemplazar al libro de Skidmore. Acerca de la revolución que dió comienzo a la segunda república otro libro²⁷ se ha beneficiado menos de un éxito más completo todavía. Casi todo lo que dice Boris Fausto suena casi siempre tan razonable que parece también muy frecuentemente que estuviera machacando sobre lo obvio. Es fácil olvidarse de que lo que hoy suena obvio era entonces sumamente polémico; y el hecho de que hoy parezca lo contrario se debe en parte a la muy convincente exposición que hizo Fausto de sus opiniones. Lo correcto del diagnóstico de Fausto habría de ser vindicado por la historia posterior, con un poder de convicción imposible de hallar en la más coherente de las argumentaciones históricas. La sutil influencia de la experiencia postpopulista en la consideración retrospectiva de la era de Vargas es ciertamente ubicua. Pero en vez de contribuir a consolidar una nueva línea de interpretación, esta influencia ha introducido ambivalencias y ambigüedades irresolutas en las ideas que predominaban hasta fines de los años 60. Dicho en forma simple, ha impuesto la necesidad de una nueva mirada al Estado Novo, el que no puede ser considerado hoy como etapa necesaria aunque quizás desagradable dentro de la prehistoria del populismo, sino que debe reconocerse como un experimento político con afinidades obvias (y con menos obvias pero muy reales conexiones genéticas) con el "autoritarismo burocrático".

Dentro de estas perspectivas, no estoy seguro de que no se haya franqueado la delgada línea que separa a la historia del presente de la exploración sistemática de sus problemas bajo el signo de otras disciplinas. La asimilación de los aportes de estas disciplinas dentro de una perspectiva histórica, una de las fuerzas siempre dinámicas en el desarrollo de la historia política del Brasil, apenas está comenzando.

Otros campos historiográficos, más aun que la historia política, dependen de las imágenes sobre la experiencia nacional brasileña elabora-

25. Maria Isaura Pereira de Queiroz, *O messianismo no Brasil e no mundo*, Sao Paulo, 1965.

26. Thomas E. Skidmore, *Politics in Brazil, 1930-1964. An experiment in Democracy*, Nueva York, 1967.

27. Boris Fausto, *A Revolução de 1930. Historiografia e historia*, Sao Paulo, 1970.

das en el marco de otras disciplinas. Estas, todavía más que las salidas de la matriz de una historiografía más tradicional, tienen la marca de una "ufanía" muy brasileña, la que al mismo tiempo se refleja y se sustenta en la inmovible certeza de que la historia nacional jamás ha perdido —más aún: que jamás podrá perderlo— su rumbo. Así, cuando los estudiosos de otras disciplinas exploran la trayectoria pasada y futura de la historia brasileña, rara vez exhiben el talante preocupado tan frecuente en América hispana. En lugar de deplorar fatalidades inamovibles, prefieren celebrar el desarrollo en el tiempo de una experiencia nacional creativa, y con frecuencia traducen al lenguaje del siglo XX el talante afirmativo de la historiografía liberal-nacionalista del pasado. Así el admirable libro de Antonio Candido, si bien inmerso totalmente en el mundo ideológico de nuestro tiempo, osa intentar lo que muchos historiadores de la literatura ya no consideran factible. Su anacrónica valentía ha sido vindicada en una obra maestra que es una historia de la nación brasileña a través de su literatura tan plenamente como lo fuera la escrita hace un siglo sobre Italia por Francesco de Sanctis²⁸.

Pero la influencia de la historia literaria sobre la historiografía es pálida en comparación con el aporte masivo de las ciencias sociales. La antropología guió los primeros intentos por enfrentarse al trasfondo africano del Brasil y a la repercusión de la esclavitud. Tras los primeros valientes intentos de aplicar conceptos antropológicos elaborados bajo la influencia de supuestos racistas para combatir precisamente a estos supuestos, Gilberto Freyre habría de transformar el terreno al darle una nueva formulación a sus temas básicos en el lenguaje de la antropología cultural. Pero lo que hace su obra más fascinante y más abierta a la controversia es que con él la antropología cultural, aunque con un respaldo teórico más sustancial y sistemático que el naturalismo científico de Euclides, sigue desempeñando esencialmente el mismo papel: suministrarle un vocabulario de ideas a una concepción de las realidades brasileñas propia del descendiente de un linaje de patricios nordestinos ilustrados más que de un antiguo alumno de Melville Herskovits. No resulta así sorprendente que si en otros países su masiva y afectuosa reconstrucción de la "sociedad patriarcal" habría de obtener una duradera popularidad como introducción a las realidades del Brasil, en Brasil mismo su

memoria vive principalmente por la necesidad que en apariencia experimenta todo el mundo de prescindir de las claves seductoras pero engañosas que su obra contiene sobre la historia brasileña.

Otras obras antropológicas más convencionales habrían de obtener una influencia menos generalizada pero más específica que la saga de Freyre sobre el ascenso y caída del patriciado azucarero. Si bien el significado histórico de la presencia africana es inseparable de la esclavitud, es en los aspectos en que la esclavitud condiciona menos tal presencia donde las lecciones de la antropología (y después las de la sociología antropológica) adquieren su máxima pertinencia. Pero sólo paulatinamente se están haciendo intentos para empezar a darle un sentido histórico a una presencia africana que está hoy tan viva, casi un siglo después de la abolición, como en la era de la plantación.

Al examinar estas inquisiciones, necesariamente fragmentarias y en parte tentativas, no debe hacerse excesivo énfasis en la distancia que separa al historiador del científico social. Entre el estudio de Florestan Fernandes sobre los negros en la sociedad urbana después de la abolición²⁹ y el de Emilia Viotti da Costa *Da senaia a colonia*³⁰ el énfasis en el detalle histórico establece naturalmente una diferencia, pero los dos autores comparten muchas perspectivas analíticas y muchos supuestos generales sobre la orientación y el significado de procesos históricos que ambos estudian desde puntos de vista complementarios. Y Fernandes, quien ejerció una fuerte influencia en la trayectoria de estas disciplinas en el Brasil contemporáneo, se negó a reconocer que hubiera una barrera infranqueable entre la historia y las ciencias sociales. Así, pese a haber tenido la suerte de contar entre sus discípulos tanto a Fernando Henrique Cardoso como a Octavio Ianni, alentó al primero a que escribiera una tesis sobre la esclavitud en Rio Grande do Sul y al segundo a que se ocupara de las relaciones raciales en la Santa Catarina contemporánea con los instrumentos de la sociología.

Más recientemente, el estudio tanto de la esclavitud como de la condición de los negros se ha visto afectado por la evolución de estos temas en la his-

28. Antonio Candido, *Formação da literatura brasileira* (momentos decisivos) 4a. edición, Sao Paulo, 1971.

29. Florestan Fernandes, *A integração do negro na sociedade de classes*, 3a. edición, Sao Paulo, 1978.

30. Emilia Viotti Da Costa, *Da Senaia a Colonia*, Sao Paulo, 1966.

toriografía estadinense. Así, la insistencia de Carl Degler en "la escapatória mulata"³¹, si bien no ha convencido a todos sus lectores brasileños, les ha ayudado a definir en forma más precisa y a reconocer más integralmente el significado de los problemas que tienen que confrontar para obtener una comprensión del papel de los negros en el Brasil del siglo XX.

La esclavitud, por supuesto, es uno de los temas centrales de la historia brasileña. Hasta donde podemos darnos cuenta, se está trabajando activamente en cuestiones como la coexistencia de los esclavos y la expansión de una población libre de negros, sobre los caminos que llevaban individualmente al negro de la una a la otra y —de manera más general— sobre la influencia ejercida por el esclavismo a grande escala en las relaciones de los grupos sociales en el sector libre de la sociedad brasileña. Ejemplos de este trabajo van desde las anticipatorias exploraciones de Stuart Schwartz sobre la era colonial hasta el brillante *Homens livres na orden escravista*³² de Maria Sylvia de Carvalho Franco. Su libro entretiene diestramente el análisis del impacto del nuevo orden constitucional, que introdujo una ideología más igualitaria destinada a garantizar la lealtad de los manumisos pobres a sus jefes políticos terratenientes (pero, una vez más, las interpretaciones que da la autora de sus fuentes, laboriosamente investigadas, no siempre resultan convincentes).

Tal vez el campo más obvio para explorar el impacto de la esclavitud es el de la historia agraria. Aquí el *Vassouras*³³ de Stanley Stein no tiene par en su infalible lucidez para explorar los imperativos ecológicos y económicos que conformaron todo un modo de vida ni en la discreta elegancia como reconstruyó tal modo de vida. El estudio de Stein ocupa lugar destacado no sólo en el campo del trabajo esclavo sino también en el de la historia rural. La transición al trabajo libre en la zona cafetera fue estudiado, como ya se observó, por Emilia Viotti da Costa. Más recientemente, dos historiadores estadinenses, Warren Dean y Thomas Holloway, ofrecen interpretaciones diametralmente opuestas. Dean recorre todo el trayecto

histórico de la agricultura cafetera en Rio Claro³⁴ y recalca las continuidades entre la esclavitud y las soluciones posteriores a la abolición. De acuerdo a su exposición, la élite terrateniente ejercía un control completo sobre el proceso, y lo utilizó en su provecho y con procedimientos no particularmente innovadores. Si bien el lector podrá hallar en el tono a veces estridente de Dean una consecuencia malhadada de su proclamada conversión a la "historia populista", su argumentación en conjunto es más persuasiva que la de Holloway³⁵ quien propone que el ritmo de la expansión cafetera estaba dictado por la presión de los nuevos inmigrantes (un argumento curioso a favor de un sistema que en su etapa formativa crucial se basó en la inmigración subsidiada y controlada).

Si bien Holloway exagera su punto de vista más allá de toda verosimilitud, astutamente recalca algunos aspectos en la historia de la agricultura brasileña que se han descuidado como consecuencia de una concentración casi total en el estudio de la plantación. La tendencia general del argumento de Holloway efectivamente ya había sido anticipada por un hijo pródigo de la clase de plantadores paulistas, quien habría de convertirse en decano de la historiografía marxista en el Brasil. Caio Prado Jr.³⁶ se había dado cuenta mucho tiempo atrás de que —mientras tanto marxistas como no marxistas seguían discutiendo sobre la naturaleza feudal de las grandes empresas agrícolas brasileñas— en los sectores más dinámicos de la agricultura brasileña las plantaciones estaban perdiendo su situación de predominio, por lo demás nunca tan completa como se le imaginaba, y que una historia social precisa de la agricultura brasileña requeriría la introducción de un elenco de protagonistas más complejo y más vasto de lo que generalmente se creía.

Aunque las sólidas convicciones marxistas de Caio Prado estaban enriquecidas por su aguda percepción de las realidades brasileñas, esto era más evidente en sus análisis de procesos concretos que en sus criterios teóricos y metodológicos los que, comparados con el refinamiento a veces preciosista de marxistas brasileños posterior-

31. Carl Degler, *Neither Black nor White: Slavery and Race Relations in Brazil and the United States*, Nueva York, 1971.

32. Maria Sylvia de Carvalho Franco, *Homens Livres na orden escravocrata*, Sao Paulo, 1969.

33. Stanley J. Stein, *Vassouras, a Brazilian Coffee County, 1850-1900*, Cambridge, Mass., 1957.

34. Warren Dean, *Rio Claro: a Brazilian Plantation System, 1820-1920*, Stanford, 1976.

35. Thomas H. Holloway, *Inmigrants on the Land: Coffee and Society in Sao Paulo, 1886-1934*, Chapel Hill, N.C., 1980.

36. Caio Prado Junior, *Farmacao do Brasil contemporaneo*, Sao Paulo, 1942; *Historia Economica do Brasil*, Id., 1945.

res, hoy parecen engañosamente simples. Se trata casi siempre de una impresión errónea y, además, lo que les falta en sutileza está compensado por la creación de una recia base conceptual para la sólida reconstrucción que hace Prado de la trayectoria de la historia económica del Brasil, considerada (a la manera marxista) como un ingrediente del conflictivo desarrollo de la sociedad brasileña.

Generacionalmente Caio Prado pertenecía aún a la época en que los estudiosos del pasado brasileño no se sentían constreñidos dentro de los límites de una disciplina específica. El plantador convertido en revolucionario tenía eso en común con otro paulista, Roberto Simonsen³⁷, un hombre de negocios influyente en cuestiones políticas y económicas y que habría de presentar una opinión alternativa acerca de la historia económica de su país. Con *Farmacao economica do Brasil* de Celso Furtado³⁸ tenemos en cambio la alianza de la historia y de la economía como disciplinas académicas, a lo largo de rumbos que parecían promisorias en los años 60 y con inspiraciones teóricas que no están tan distantes como podría presumirse de las que inspiraron el producto más famoso de aquellos años de expectativas quizás frívolas: el manifiesto no comunista de W.W. Rostow. En el elegante libro de Furtado, el *Zeitgeist* de ese momento efímero se reflejaba en la avidez por investigar el transcurso todo de la historia económica del Brasil desde la perspectiva privilegiada de su futuro desarrollo, cuyas directrices fundamentales se le aparecían tan nítidas a Furtado como la ruta económica que Brasil había proseguido en el pasado.

Aunque esta dimensión prospectiva (o profética) no haya envejecido particularmente bien, la obra de Furtado tenía virtudes más sólidas que la diferenciaban de lo que el profesor Gerschenkron describió alguna vez como "el delicioso pressapochismo del profesor Rostow", tan frecuentemente adoptado por sus imitadores. Lo que hace que la obra de este economista profesional siga siendo válida en cuanto historia es su esfuerzo constante por poner en claro hasta donde fuere posible el contexto histórico de todos los fenómenos económicos de que se ocupa. Esto le permitió, por ejemplo, anticiparse en veinte años a las conclusiones paralelas a que llegó John Coatsworth

respecto a México, cuando insinuaba que fue en el cuarto de siglo concluido en 1850 cuando el retraso de la economía brasileña frente a las nuevas naciones industriales se volvió tan agudo que ni siquiera sus logros posteriores, más que respetables, han logrado superarlo.

Más recientemente, la historia económica brasileña, especialmente la del siglo actual, se ha convertido todavía más en provincia del economista-historiador profesional, mientras que las cuestiones abarcadas por el rótulo hoy de moda de economía política son investigadas dentro de límites preconstituidos tanto por historiadores como por politólogos. La situación (para la cual no es difícil hallar paralelos en América hispana) no deja de tener riesgos. Tan sólo las mejores obras de historia logran incorporar una percepción clara de los condicionamientos y de las constricciones económicas involucradas en los procesos que estudian. Esta percepción ha contribuido sin duda a garantizar la persistente juventud del estudio de Stanley Stein sobre la industria textil³⁹, que por lo demás es apenas un vínculo con un pasado más dichoso quizás, en el que los "marcos teóricos" usados hasta el tedio en estudios posteriores no habían sido definidos aún en forma explícita.

El campo de la historia social —en una cultura tan abierta a la innovación, y tan ávida de ésta, como la brasileña— no puede dejar de estar influido por la situación general de fluidez porque ésta atraviesa en Europa y en los Estados Unidos. Temas clásicos en este campo (definidos por igual por marxistas y por no marxistas a partir del supuesto de que las cuestiones medulares estaban en general vinculadas directamente a las relaciones, al menos parcialmente conflictivas, entre grupos sociales cuyo sitio en la sociedad se definía mediante el empleo de criterios económicos) hoy se cultivan menos que veinte años atrás. La admirable *Industrialization of Sao Paulo* de Warren Dean⁴⁰ no ha podido ser igualada por esfuerzos posteriores en la misma dirección. Quizás sea sintomático que, tras el prolongado interés por la historia del trabajo, Boris Fausto haya adoptado, en su *Crime e co-*

37. Roberto Simonsen, *Historia Economica do Brasil, 1500-1820*, Sao Paulo, 1937.

38. Celso Furtado, *Formacao economica do Brasil*, Rio de Janeiro, 1959.

39. Stanley J. Stein, *The Brazilian Cotton Manufacture: Textile Enterprise in an Underdeveloped Area, 1850-1950*, Cambridge, Mass., 1957.

40. Warren Dean, *The Industrialization of Sao Paulo, 1880-1945*, Austin, 1969.

*tidiano*⁴¹, un enfoque nuevo que si bien sigue interesándose más por los hechos históricos que por su representación colectiva (y un enfoque inmutable, en este aspecto, a lo que la moda exige de los historiadores sociales) reconoce implícitamente la disolución, parcial al menos, del antiguo meollo temático de la disciplina.

No es sólo la historia social la que hoy tiene fronteras menos delimitadas que las de veinte años atrás. Lo mismo sucede con la historia de las ideas. Esto no se debe tan sólo al hecho de que el tema se haya convertido, como nunca antes, en una historia de la gente que tiene ideas, en lugar de la de las ideas mismas. También es resultado de que el trabajo en este sector ofrece apenas un punto de partida para una metamorfosis más radical en la que el énfasis se desplaza a las conexiones entre la actividad intelectual y la sociedad en general, como fondo concreto contra el cual se desarrolla dicha actividad y como recipiente, en forma alguna pasivo, de tales ideas. Probablemente resulte mejor detenernos aquí. Las actuales tendencias historiográficas le otorgan al historiador una libertad nueva para delimitar su campo. Asignarle el rótulo de una nueva disciplina a cada una de estas empresas, a menudo estrictamente individuales, sería un ejercicio fútil. Por ejemplo, a fin de apreciar la distancia entre los estudios de Sergio Miceli sobre los intelectuales brasileños y la interacción entre sus carreras, la imagen que de sí tienen y su producción intelectual⁴², de una parte, y la historia en cuanto ideas tal como la practicaba apenas ayer Joao Cruz Costa, valga el caso, no es necesario que clasifiquemos las investigaciones de Miceli dentro de una nueva disciplina historiográfica de nombre compuesto.

Hispanoamérica colonial

Para este observador, al menos, las tendencias actuales de la historiografía de la Hispanoamérica colonial son más fáciles de discernir. En ésta, si bien los dos grandes senderos de investigación (el sistema imperial y la creación de una sociedad colonial) siguen siendo focos gemelos de esa historia, ambos han sido afectados (aunque de manera desigual) por una redefinición gradual de sus problemas y de sus temas medulares.

41. Boris Fausto, *Crime e cotidiano: A criminalidade em São Paulo, 1880-1924*, São Paulo, 1984, con un claro cambio de énfasis desde su *Trabalho Urbano e Conflito Social, 1880-1920*, Id. 1977.

42. Sergio Miceli, *Intelectuais e classe dirigente no Brasil (1920-1945)*, São Paulo, 1979.

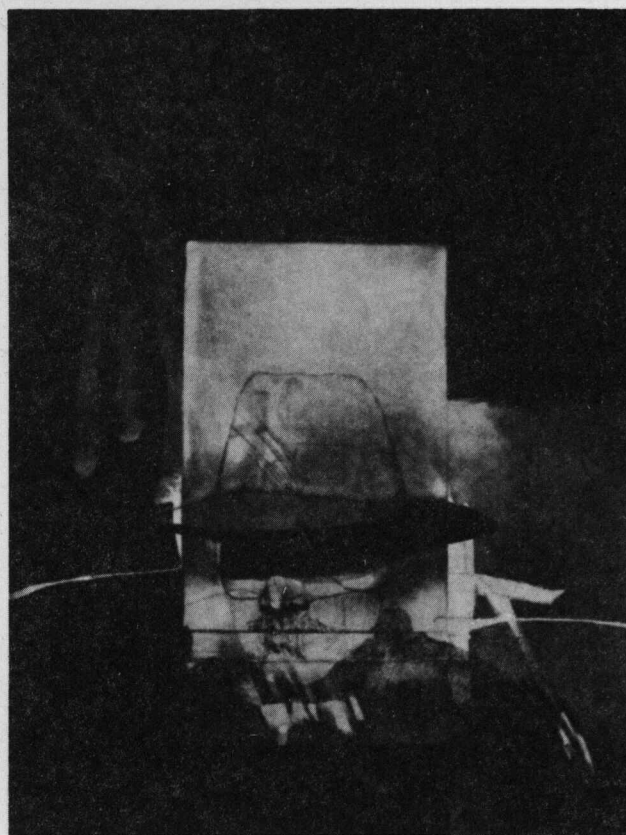
Como resultado paradójico de un cuarto de siglo de adelantos en nuestro conocimiento del sistema imperial español, nuestros criterios se han ido volviendo progresivamente más borrosos. El aporte más importante ha sido demostrar que los supuestos sobre la naturaleza y sobre las vicisitudes del vínculo imperial, parte hasta ayer de nuestro saber convencional, eran en su mayoría conjeturas de muy dudosa validez. Para mencionar sólo uno de los grandes signos de interrogación: ¿qué aconteció con ese vínculo durante el siglo XVII? ¿Se debilitó, simplemente, o tal vez fue definido de nuevo en formas que no están claras para nosotros? ¿Y si el vínculo se debilitó tal cosa se debió a la crisis en la economía metropolitana o más bien al estancamiento de las colonias? Han pasado casi veinte años desde que John Lynch formulara una serie de brillantes hipótesis sobre estas cuestiones. Siguen siendo muy poco más que hipótesis; pero, entre tanto, su postulación ha influido de manera compleja en la perspectiva de los historiadores sobre esa enigmática centuria. No se trata de que ignoremos lo que debería hacerse para proveer respuestas menos hipotéticas a las cuestiones planteadas por Lynch, ni puede decirse tampoco que no se haya hecho nada en ese sentido. Pero en este terreno, más que en cualquier otro, el progreso se refleja en una creciente percepción de todo cuanto falta por saber.

Esta percepción se manifiesta por lo general cuando de los viejos interrogantes surgen otros nuevos. En este caso, se debe más bien al hecho de que al tratar de contestar las viejas preguntas se han descubierto simultáneamente nuevas dificultades en torno a la metodología y a las fuentes. En lo referente al transporte de mercancías y de oro por el Atlántico español, los historiadores de hoy contemplan el monumento historiográfico de los Chaunus, erigido en la era previa al computador, con el mismo asombro de los arquitectos modernos ante los contruidos por los incas sin ayuda de la tecnología moderna. Ese asombro los disuade de efectuar una revisión sistemática de los datos de los Chaunus, pero tampoco les suscita una confianza ilimitada. En cuanto al aspecto financiero de la conexión imperial, antes incluso de que los historiadores hayan empezado a asimilar la riqueza del acervo de TePaske y Klein, ya se han planteado dudas y reservas de orden metodológico en torno al sentido de la empresa toda (y contra no pocas más dentro del mismo campo). Estas reservas nunca se fusionan en un desafío formal a sus conclusiones, y sería ingratitud no recordar, por ejemplo, el reciente aporte de García Baquero-González a nuestra evaluación del impacto de

la liberalización comercial en los años 1780⁴³ y, en general, a nuestros conceptos sobre el comercio imperial en la era de los Borbones. Pero se necesita mucho más para obtener una imagen razonablemente precisa y fiel de la cambiante relación metrópoli-colonia. Entre tanto, la mayoría de los estudios sobre el sistema imperial se han concentrado en su dimensión burócrata.

Ya se mencionó el nombre de John Phelan en relación con su influyente tesis sobre el arte de gobernar en la administración colonial española, la cual, en su opinión, logró el triunfo de lograr su supervivencia apelando a sus flaquezas mismas. Phelan escribió también una monografía ejemplar sobre un burócrata de carrera, sin igual por la constante agudeza de sus análisis de los más diversos asuntos sometidos a la administración; pero incluso así no puede eludir del todo el derrotero ecléctico y hasta cierto punto vacilante que resulta inevitable en el estudio de cuestiones administrativas tal como se le presentaban a un funcionario a lo largo de su carrera. Cuando Phelan escribió su estudio sobre Murga, la historia de la administración imperial no había sido todavía disgregada en un sistema de tópicos más manejables. En parte gracias a su propio aporte pero también a la influencia de trabajos efectuados en Europa sobre la historia administrativa de las monarquías absolutas, tal situación habría de cambiar muy rápidamente, a medida que se intentaba aplicar a la América hispana atisbos logrados sobre los inicios de la Europa moderna, si bien modificándolos para tomar en cuenta la dimensión colonial. Un tema casi nuevo para la historia hispanoamericana (salvo el elegante pero superficial resumen de John Parry⁴⁴) era el de la venalidad de los funcionarios. Este tema habría de integrarse con otro muy tradicional (la rivalidad de criollos y peninsulares por la conquista de posiciones burocráticas) en una perspectiva unificadora que recalca su vinculación a dos etapas distintas dentro del dilatado esfuerzo de la corona por poner bajo su control efectivo la maquinaria burocrática colonial. El intento sólo podía tener éxito si se asignaban los recursos financieros suficientes para constituir una burocracia de carrera asalariada. En este aspecto

el aporte de la historia cuantitativa habría de resultar particularmente esclarecedor. Los estudios de Burkholder, primero sobre Lima y luego sobre la justicia colonial⁴⁵, confirman la presencia de las anticipadas correlaciones entre el desahogo económico, la supresión de la venta de cargos y la progresiva invasión de los tribunales coloniales por parte de magistrados metropolitanos. En lo que toca a la exacta repercusión de este cambio gradual sobre la experiencia concreta de los burócratas, el aporte de la historia cuantitativa es inevitablemente modesto e indirecto. El propio Burkholder lo complementa con un fino retrato de un burócrata criollo —José de Baquijano y Carrillo— y de sus esfuerzos por conseguir ascensos en esas circunstancias no muy auspiciosas⁴⁶.



Retrato de un desconocido No. 9
 Aguafuerte, aguatinta y punta seca
 49 X 65 cm
 1971

43. Antonio García Baquero-González, *Comercio colonial y guerras revolucionarias. La decadencia económica de Cádiz a raíz de la emancipación americana*, Sevilla, 1972; *Cádiz y el Atlántico, 1717-1778. El comercio colonial español bajo el monopolio gaditano*, 2 volúmenes, Sevilla, 1976.

44. John H. Parry, *The Sale of Public Office in the Spanish Indies under the Habsburgs*, Berkeley, 1953.

45. Mark A. Burkholder y D.S. Chandler, *From Impotence to Authority: The Spanish Crown and the American Audiencias, 1687, 1808*, Columbia, Miss., 1977.

46. Mark A. Burkholder, *Politics of a Colonial Career: José Baquijano and the Audiencia of Lima*, Albuquerque, N.M., 1980.

Otro aspecto de la administración española que ha atraído la especial atención de los historiadores es el ejército. La razonable conjetura de Lyle McAlister acerca de que las reformas militares implantadas por Carlos III echaron a Hispanoamérica por el camino del militarismo posterior a la independencia, al haber creado un cuerpo de oficiales privilegiado, estimuló un estudio sistemático de esas reformas y de su repercusión, inspirado en parte por el propio McAlister. Si bien los resultados no confirmaron del todo sus suposiciones, esos estudios regionales habrían de ofrecer nuevos atisbos sobre la compleja interrelación entre una administración imperial más ambiciosa y en expansión y la sociedad que estaba empeñada en proteger y controlar, pero también en explotar con mayor eficacia que en el pasado⁴⁷.

Hasta ahora no se ha hecho un intento sistemático de evaluar el impacto global de las reformas administrativas de los Borbones en la sociedad colonial. Incluso estudios regionales, como los de John Lynch y John Fisher para los virreinos de Buenos Aires y Lima⁴⁸, no se concentran en el tema con la profundidad deseable. Hay quizás buenas razones para explicar esta laguna. Las reacciones coloniales a las reformas reflejan la heterogeneidad abrumadora de Hispanoamérica en el atardecer del imperio, y no se prestan a una consideración global. No resulta fácil mezclar frondas oligárquico-burocráticas (presentes por doquier), motines pro-jesuitas (y tal vez pro-indios) en ciudades provinciales de Nueva España, protestas contra los impuestos en Nueva Granada, la gran rebelión de indios en los Andes y convertirlo en un conjunto coherente. En cuanto a los diferentes episodios, algunos de ellos han atraído el interés de los historiadores en relación con temas que sólo indirectamente rozan la historia administrativa. Por excelentes razones, una vez más, tal es el caso de las rebeliones en Perú y en el alto Perú. Tan sólo del episodio de los comuneros hay un estudio de J.L. Phelan (publicado póstumamente, en una forma que obviamente no iba a

ser la definitiva)⁴⁹ en el que se examina la rebelión desde la perspectiva de la historia imperial. Aunque, como siempre, Phelan tenía mucho que decir, sus interpretaciones en este caso no resultan convincentes siempre. Así sucede con su intento de atribuirle las tácticas inescrupulosas y exitosas de Caballero y Góngora para obtener una "normalización" tras la rebelión de los comuneros (tácticas que tienen mucho en común con las que hoy emplea el general Jaruselzsky para afrontar problemas semejantes) a la influencia de las doctrinas de Suárez en la ideología del mundano prelado.

Mientras que la historia imperial ha entrado en una transición cuya orientación no es del todo clara todavía, cambios más sustantivos se han producido y se siguen produciendo en nuestro concepto acerca de Hispanoamérica como sociedad colonial, centrados en la gradual constricción de los indios para que desempeñaran un papel nuevo al servir de mano de obra en diferentes contextos, pero principalmente en la agricultura. Dentro de este proceso habría de producirse un cambio de perspectiva radical (y al comienzo no del todo conciente), la búsqueda —para emplear la afortunada expresión que Nathan Watchel tomó en préstamo de Miguel León Portilla— de una identificación con "la visión de los vencidos". Claro está que este cambio de perspectiva resultó posible tan sólo porque durante el último medio siglo fue emergiendo gradualmente una nueva imagen historiográfica de la experiencia de los vencidos pero también fue inspirada por un cambio en la sensibilidad de los historiadores, menos dependiente del progreso cuantitativo en nuestro conocimiento histórico que de las inquietudes que la sociedad postindustrial hace recaer sobre esos historiadores.

Así, mientras el reciente *Justice by Insurance. The General Indian Court of Colonial Mexico and the Legal Aides of The Half-Realm*⁵⁰ de Woodrow Borah se apoya en una visión más precisa de la experiencia colonial de los indios, obtenida en los últimos decenios y a la que él le da nuevos aportes, también inequívocamente sitúa su admirable reconstrucción de un instrumento ad-

47. Véanse, entre otros, Allan J. Kuethe, *Military Reform and Society in New Granada, 1773-1808*, Gainesville, 1978; Christon I. Archer, *The Army in Bourbon Mexico, 1760-1810*, Albuquerque, N.M., 1977.

48. John Lynch, *Spanish Colonial Administration 1782-1810: The Intendant System in the Viceroyalty of the Rio de la Plata*, Londres, 1958; John Fisher, *Government and Society in Colonial Peru: The Intendant System, 1784-1814*, Londres, 1970.

49. John Leddy Phelan, *The Kingdom of Quito in the Seventeenth Century Bureaucratic Politics in the Spanish Empire*, Madison, 1967; el mismo, *The people and the king, the Comunero revolution in Colombia, 1781*, Madison, 1978.

50. Woodrow Borah, *Justice by Insurance, The General Indian Court and the Legal Aides of the Half-Real*, Berkeley, 1983.

ministrativo importante y mal estudiado dentro del marco de la experiencia del colonizador. Los términos de referencia de Borah son las aproximaciones británicas y holandesas a problemas similares en el sur de Asia y en el sur de Africa. La razón es obvia: esta obra es consecuencia de una promesa juvenil sólo cumplida en la edad madura. Tras una incursión mucho más dilatada de lo previsto en el campo de la historia demográfica, finalmente quedó libre para concluir los proyectos que había planeado dentro del muy disímil clima intelectual e ideológico de los años 1940. El resultado es una obra que claramente está en el filo mismo de la investigación histórica y que con no menos claridad va contra la corriente de esta investigación. Para Borah no es una situación nueva; y en su desconfianza frente a la tendencia dominante lo alienta una visión vigorosa de la historia mexicana, reflejada en la imagen de las delegaciones de indios sentadas en el patio central del Palacio Nacional y a la espera de una audiencia con el presidente Cárdenas, tal como lo habían venido haciendo desde los tiempos del virrey Mendoza. Probablemente está en lo cierto en su convicción de que su visión del pasado hispanoamericano es tanto la del futuro como la de ayer; indiscutiblemente, no se trata de la de hoy.

El cambio de perspectiva, al que Borah se negó a sumarse en su reciente libro, puede apreciarse plenamente si se comparan dos obras separadas por medio siglo de estudios: *Conquête spirituelle du Mexique*, de Robert Ricard⁵¹ y *Maya Society under Colonial Rule*, de Nancy Farriss⁵². Los problemas que Ricard se proponía estudiar eran los que se les planteaban a los misioneros debido a la limitada comprensión que los indios tenían de su nueva fe (y al limitado interés que les suscitaba). Los problemas con que Farriss se identifica son del maya que trata de preservar una identidad distinta formada en el marco de sus viejas creencias, mientras que le presta inevitable obediencia a las que le han impuesto los conquistadores.

Para definir su aventura histórica, Farriss ofrece como su punto de referencia principal *The Aztecs under Spanish Rule*, de Charles Gibson. Esta "Historia de los indios del valle de México, 1519-1810"⁵³ señala ciertamente el punto de parti-

da en una transición hacia una historia de la sociedad colonial toda y no sólo de quienes la gobernaban desde arriba. Gibson logró su proeza de dos maneras. De una parte, su libro clausuró definitivamente el debate sobre muchas de las cuestiones que habían predominado en el período anterior. De la otra, ofrecía una visión muy precisa de lo acontecido al sector indio subordinado en pleno centro del México colonial. En ambos casos Gibson daba respuestas explícitas tan sólo después de haber expuesto sólidamente su caso con base en datos históricos no menos sólidos y escogidos cuidadosamente, hasta el punto de que cualquier respuesta explícita resultaba casi superflua.

De esta manera Gibson logró revestir de una discreta autoridad sus conclusiones, meticulosamente asordinadas. Así, cuando nos dice que el aspecto principal de la leyenda negra es que básicamente es verdad; nos sentimos inclinados a escucharle y a creerle. Pero, una vez más, esta adhesión tajante y aparentemente simplista a la que es al fin de cuentas una visión bastante convencional de la experiencia imperial española se esconde tras una nueva visión, cuidadosamente elaborada, del impacto del dominio español sobre las poblaciones nativas. Muchos de los crímenes en que se solazaba la leyenda negra son incontestablemente reales; pero no fueron tan decisivos para esas poblaciones como el implacable esfuerzo por "aplanar" la sociedad india y transformarla en el sector campesino de una sociedad señorial neoeuropea. Como los del Señor, los molinos de los nuevos señores muelen despacio pero muelen bien; y su resultado es aparentemente el crimen peor dentro del proceso imperial hispánico.

Basta con expresar la opinión de Gibson en términos que para su gusto hubieran resultado demasiado explícitos para darse cuenta de hasta que punto ésta se sustenta en el vigor de sus convicciones históricas sobre la experiencia colonial española más que en la sola elocuencia de los hechos. Por supuesto, el "peor crimen" hizo posible la gradual aparición de una nación mestiza unificada (lo que para Justo Sierra es la secreta bendición que redime ese sangriento caos que es la historia de México). Al considerarlo como un crimen, Gibson se estaba colocando ya en su lado de la gran línea divisoria dentro del campo de la historia social de la colonia; una participación que hace énfasis en una manera nueva de contemplar la sociedad colonial desde el punto de vista de sus sectores subordinados. Esta perspectiva pretendía alejarse de la centrada en los problemas que la sociedad colonial le presentaba a la potencia colo-

51. Robert Ricard, *La Conquête Spirituelle du Mexique*, Paris, 1933.

52. Nancy M. Farriss, *Maya Society under Colonial Rule, The Collective Enterprise of Survival*, Princeton, 1984.

53. Charles Gibson, *The Aztecs under Spanish Rule, A History of the Indians of the Valley of Mexico, 1519-1810*, Stanford, 1964.

nial y al grupo étnico dominante, o que alternativamente veía en aquella la prehistoria de las naciones criollo-mestizas que habrían de emerger en los siglos XIX y XX.

Este esfuerzo fue adelantado principalmente por historiadores no hispánicos, hecho que una vez resulta comprensible. El nuevo enfoque va contra la corriente de una tradición cultural en la que los valores aristocráticos se oponen a las aspiraciones igualitarias; pero ninguno de los dos puntos de vista se muestra particularmente interesado en fomentar el pluralismo ideológico o cultural. Así, en *La patria del criollo*⁵⁴ Severo Martínez Peláez se aferra a estas obstinadas tradiciones cuando concluye su extensa y elocuente diatriba contra las indignidades infligidas por españoles y criollos por igual a los indios de Guatemala con el anuncio de un futuro revolucionario en el que los indios serán plena y verdaderamente guatemaltecos (lo que significa, claro está, que habrán dejado de ser indios). En este aspecto, la visión de este erudito leninista latinoamericano sigue siendo la del liberal progresista del siglo XIX, sucesor a su vez de quienes predicaban el evangelio de la Ilustración, continuadores por su parte de los misioneros de la “conquista espiritual”.

El camino abierto por Gibson ha sido transitado más frecuentemente por fuera del área del México azteca; cosa tampoco sorprendente. En aquella región el proceso de “aplanamiento” fue comparativamente exitoso; y la transición “de indio a campesino”, para usar el afortunado título de una de los libros de Karen Spalding, se llevó hasta el extremo de que muy pronto los investigadores se encontraron discutiendo temas de la historia campesina, no de la historia india. Esto se hace muy evidente cuando se recalcan las dimensiones socioculturales de este cambio, como en *Drinking, Homicide and Rebellion in Colonial Mexican Villages*, de William Taylor⁵⁵. Incluso en Oaxaca, donde la influencia india es mucho más fuerte que en el Valle de México, el lector puede preguntarse si allí la vida era sustancialmente distinta a la de, por ejemplo, los campesinos calabreses contemporáneos bajo un propietario ausentista.

No cabe duda de que para los mayas de Yucatán había una diferencia sustancial. Como se dijo, Nancy Farriss trató de dar cuenta de esa diferencia en uno de los intentos recientes más ambiciosos de reconstruir no sólo la “visión” sino también la reacción activa de los vencidos frente a su derrota. Es también el que más lejos está de los conceptos asimilacionistas que explícita o secretamente predominan en la comprensión hispanoamericana de la experiencia colonial. No hay duda para ella de que la supervivencia de su visión del mundo prehispánica es ciertamente un objetivo digno de todos los sacrificios que los mayas estuvieron dispuestos a hacer, con tal de preservarla durante la historia posterior a la conquista. Esta identificación con una peculiaridad cultural definida está en la raíz de su fuerte identificación afectiva con su tema y explica su gustosa aceptación de tales costos, entre los que se cuentan el control permanente de la vida maya por una élite prehispánica renovada superficialmente, proceso ante el cual los historiadores que escriben la historia “desde abajo” tienen por lo general reacciones más ambivalentes. Esta es, por supuesto, prerrogativa de la autora y en nada disminuye la significación de su notable logro historiográfico. Pero, incluso así, cabe preguntarse si su enfoque, al privilegiar la continuidad por encima de todo, no corre el riesgo de insistir en exceso sobre sus hallazgos reales. Tal parece ser el caso particularmente en los capítulos finales. Tras dos siglos de resistencia exitosa —aunque pasiva— las estructuras que sustentaban esa continuidad se derrumbaron. La continuidad, nos dice Farriss, se salvó una vez más dentro de un nuevo marco estructural en el que los terratenientes criollos asumieron en parte el papel de la élite india que finalmente habían logrado destruir. Pero, una vez más, cabe preguntarse si esta impresión de continuidad no se debe en parte a que la autora subraya aquellos aspectos en que efectivamente se preserva, en detrimento de otros en la que ha quedado definitivamente rota.

El mérito de la masiva hazaña historiográfica de Farriss reside en parte en la casi perfecta pertinencia de sus supuestos acerca de la realidad maya. Esta pertinencia (como lo pone en claro en los admirables capítulos iniciales) deriva a su vez de lo que hay de más atípico en la experiencia maya posterior a la conquista cuando se la examina dentro del marco hispanoamericano. La abrumadora superioridad demográfica de los conquistados es precisamente una de las consecuencias de la tenue presencia española la que, a su vez, puede explicarse por la carencia de atractivos que la re-

54. Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo, Ensayo de interpretación social de la realidad colonial guatemalteca*, Guatemala, 1970.

55. William B. Taylor, *Drinking, Homicide and Rebellion in Colonial Mexican Villages*, Stanford, 1979.

gión ofrecía a conquistadores o a inmigrantes. Las regiones andinas sólo pueden ser exploradas por investigadores cuya obra se base en supuestos por lo menos parcialmente diferentes a los de Farriss. Antes que examinar el choque de dos bloques culturales incompatibles, lo que tratan de comprender estos historiadores es la compleja articulación de una sociedad nueva compuesta de vencedores y vencidos, resultante de las modificaciones que en beneficio propio introdujeron los españoles en la sociedad, ya inmensamente compleja y notablemente desigual, plasmada por la conquista todavía reciente de los incas.

En el proceso de entender esta nueva sociedad, los estudiosos habrían de descubrir que estaban trabajando bajo el influjo no de una "leyenda blanca" sino de dos. Aprendieron que Garcilaso Inca no es un representante auténtico de los vencidos sino de los primeros vencedores, quienes no podían reconciliarse con la posición subalterna —pero así y todo privilegiada— que sus sucesores se mostraban dispuestos a reconocerles. Esto debería haber sido muy obvio (al fin de cuentas, es igualmente obvio que la traducción de diálogos neoplatónicos en Sevilla no era la suerte que le reservaban los conquistadores a muchos de los indios encomendados). Es menos obvio lo que se puede hacer con este dato. Así, no resulta sorprendente que sólo poco a poco hubiera ingresado a formar parte de los supuestos básicos de los historiadores del Perú indio después de la conquista. Resulta revelador, por ejemplo, que Nathan Wachtel —quien en *La vision des vaincus*⁵⁶ se adelantó claramente a esta nueva tendencia historiográfica— pudiera simultáneamente presentar un paralelo sutil y convincente entre Garcilaso, el hombre entre dos mundos, y Guama Poma, inequívocamente indio bajo delgado barniz español y cristiano, y sin embargo ceder a la influencia del primero en su estilizada versión de los efectos de la conquista inca sobre los pueblos andinos derrotados.

Todo el terreno ganado desde entonces se puede apreciar con el subtítulo del tan aguardado libro de Karen Spalding, *Huarochiri. An Andean Society under Inca and Spanish Rule*.⁵⁷ Debido no sólo a la carencia de un marco general satisfactorio, sino también a la irregularidad de las fuentes locales, esta obra va más allá de la historia local

para ofrecer un recio panorama de las transformaciones en la sociedad andina durante los largos siglos de régimen colonial. En algunos puntos cruciales, ni siquiera las aptitudes heurísticas y la mentalidad creadora de Spalding le permiten ofrecer nada distinto a bocetos —muy convincentes, eso sí. Esto sugiere en efecto que, por razones relativas a la trayectoria de la historia colonial andina y —no coincidentalmente— a la base documental de que se dispone, la región no se presta tanto como México a estudios que abarquen épocas completas o territorios comparativamente extensos. Tal cosa parece tener su confirmación en la tarea comparativamente más fácil que asumió Steve Stern para describir esa transición crucial en la emergencia del orden colonial maduro —las reformas introducidas por el virrey Toledo— desde la perspectiva de Huamanga. El tema de este convincente libro primerizo es la transformación de los indios huamangas de parte de un pueblo subyugado a miembros de una clase en potencia, dispuestos potencialmente para nuevos combates y los que ya no pretendían romper con la sociedad posterior a la conquista sino, incluso en sus momentos más revolucionarios, a mejorar su condición dentro de ella⁵⁸.

¿Esta nueva condición de los grupos indígenas puede definirse como la de campesinos? ¿O, de manera más general, se puede definir esencialmente tan sólo por la situación de sus miembros en la esfera de la producción? Parece que ese no es el caso. Al compararlo con el de Mesoamérica, el legado prehispánico en el área andina incluía un ingrediente más fuerte de actividades económicas reguladas política o administrativamente. Tales actividades eran tenidas en gran estima no sólo por los conquistadores, debido a las oportunidades que suministraban para injertar en ellas sus propios instrumentos de explotación, sino también por los conquistados, quienes aprendieron a reorientarlas de acuerdo a las necesidades creadas por sus nuevas circunstancias. (De ahí que la tozuda supervivencia de un marco institucional prehispánico para la organización de la producción y la extracción de excedentes explique la vasta influencia que la reconstrucción por John Murra de los dispositivos sociales prehispánicos ha ejercido sobre los historiadores, quienes le reconocen plenamente su pertinencia para el Perú posterior a la conquista). No puede negarse, sin embargo,

56. Nathan Wachtel, *La Vision des Vaincus, Les Indiens du Pérou devant la Conquête Espagnole, 1530-1570*, Paris, 1971.

57. Karen Spalding, *Huarochiri, and Andean Society under Inca and Spanish Rule*, Stanford, 1984.

58. Steve J. Stern, *Peru's Indian Peoples and the Challenge of Spanish Conquest, Huamanga to 1640*, Madison, 1982.

que —al menos desde una fecha relativamente reciente— para ciertas regiones sea posible examinar estas cuestiones desde la perspectiva de la historia campesina. En un artículo seminal⁵⁹ Brooke Larson hizo exactamente eso para Cochabamba. Aunque no vengan de inmediato a la mente muchos equivalentes andinos de ese fértil valle, su enfoque, al menos parcialmente, puede aplicarse a otras zonas.

Resulta revelador que los aportes hispanoamericanos más significativos a estas nuevas perspectivas se ocupen menos de los pueblos indios que de la estructura de dominación que los mantenía en la servidumbre. Ya aludí a *La patria del criollo*. Como lo indica el título mismo, esta reconstrucción magistral de la Guatemala colonial contempla la sociedad desde una perspectiva que no es la del indio y resulta admirable en especial por la reconstrucción, sumamente sutil y aguda, de la visión criolla del mundo. Así, en sus brillantes páginas sobre la visión que tiene el criollo del indio y de la tierra, este fiel creyente en la versión más implacablemente reduccionista del marxismo ortodoxo logra abochornar a sus colegas a la moda quienes, conocedores de todos los santos y señas nuevos de la hermenéutica, se sienten perdidos en cuanto tratan de ir más allá de los procesos que describen y que justifican con precisión de pedantes. Sin embargo, es mucho menos lo que tiene que decirnos sobre la mentalidad india.

Carlos Sempat Assadourian, el historiador argentino que trabaja hoy en México, ha aportado una visión de la economía colonial andina como un sistema⁶⁰ donde incorpora estas teorías nuevas dentro de un marco teórico que le debe tanto a François Perroux como al Marx de *El capital*. (Assadourian prefiere con mucho desconcertar que estar a la moda, y no participa del culto por ninguno de los “nuevos” Marx que periódicamente se descubren al escudriñar rincones previamente ignorado de sus escritos). Esta preferencia general se refleja una vez más en su pugnaz defensa de las opiniones sobre el orden económico colonial sustentadas por observadores contemporáneos, en cuya autoridad se basa para respaldar algunas de sus conclusiones.

59. Brooke Larson, “Rural Rhythms of Class Conflict in Nineteenth-Century Cochabamba”, *Hispanic American Historical Review* 60 (Agosto 1980): 407-430.

60. Carlos Sempat Assadourian, *El sistema de la economía colonial, Mercado Interno, regiones y espacio económico*, Lima, 1982.

El enfoque que propone Assadourian está tan lejos del de los “dependentistas” (para los cuales el vínculo colonial fue una rémora en el desarrollo de Hispanoamérica) como de las perspectivas neoclásicas que dominan, por ejemplo, la historia socioeconómica de América central en la colonia de Murdo McLeod. Encuentra sustancialmente justificado el énfasis en la minería de los observadores coloniales. Todas las demás actividades económicas existían en efecto en razón de la minería, al servicio no sólo de los propósitos de los administradores reales que definían los parámetros básicos del sistema colonial, sino también de la propia realidad colonial. De ahí no se sigue, sin embargo, que en términos de requerimiento de mano de obra, volumen y valor de la producción, o incluso control o influencia efectivos ejercidos por los mineros sobre otros sectores económicos, la minería dominara la economía colonial. Pero este sector clave es el que la aglutinaba. Cualquier estancamiento o crisis en la minería (una actividad esencial para la acumulación del excedente extraído de la colonia en beneficio de la metrópoli) no suscitaba una expansión en otros sectores (como lo asumen los dependentistas) sino que provocaba la crisis o el estancamiento también en ellos. Los atisbos de Assadourian se basan en una visión mucho más precisa de la red de comercio colonial —especialmente en sus aspectos regionales— que las obtenidas anteriormente; los ha conseguido gracias al uso sistemático de los registros notariales (una fuente desdeñada a menudo por historiadores hispanoamericanos, y empleada por los estudiosos estadounidenses principalmente en el contexto de la historia social, no económica; así, James Lockhardt, en su admirable *Spanish Peru*⁶¹, ofrece un ejemplo brillante de lo que puede obtener un enfoque estrictamente descriptivo mediante la utilización de esas fuentes). Mientras los atisbos de Assadourian sobre la economía colonial ofrecen un complemento lógico a la visión de la sociedad andina colonial que está emergiendo paulatinamente a través de las investigaciones recientes, está por lograrse todavía la conexión entre la una y la otra.

La historia de la incorporación de la población andina al sistema colonial ofrece pues una serie de temas sumamente promisorios que apenas están comenzando a ser desarrollados. Desde este punto de vista, lo que hoy sabemos sobre la región puede compararse aproximadamente con lo que

61. James Lockhart, *Spanish Peru, 1532-1560. A Colonial Society*. Madison, 1968.

sobre México se conocía veinte años atrás. El avance de la historiografía mexicana en estos temas se refleja con mayor claridad en los progresos efectuados en el estudio de la edad de plata de los Borbones y en su impacto sobre la sociedad, especialmente la sociedad rural. Aquí, el *Miners and Merchant in Bourbon Mexico*⁶², de David Brading, y que ha ejercido una merecida influencia, no sólo ofrecía una sólida serie de líneas interpretativas para el período sino que también planteaba una agenda implícita para futuros trabajos. En tanto que la dimensión rural se mantenía básicamente en segundo plano, la interpretación de la edad de plata de Brading está sustentada en una visión muy precisa del papel de la agricultura. Esta visión coincide sustancialmente con las conclusiones del estudio de Enrique Florestano sobre el precio del maíz⁶³, que refleja el impacto en la sociedad mexicana de una agricultura que estaba llegando al límite de sus recursos para lograr que la producción se mantuviera al mismo ritmo acelerado del crecimiento de la población. Mediante este enfoque la noción de demografía como destino, implícita en la obra de la escuela de historia demográfica de Berkely y explícita para un período crucial del pasado mexicano en las brillantes y osadas hipótesis de Woodrow Borah en *New Spain's Century of Depression*⁶⁴, empezaba a ser formulada de nuevo bajo la égida de Ricardo, más que de la de Malthus.

La relación de la agricultura con el crecimiento de la población era el foco de *Haciendas and Ranchos in the Mexican Bajío*, de Brading⁶⁵, un breve libro aplastado casi por la diversidad de ideas y de intuiciones que el autor trata de presentar simultáneamente. Sin embargo, no es difícil de calar la línea interpretativa subyacente; ésta sigue los rápidos cambios en la agricultura que se presentan cuando el crecimiento demográfico equipara primero y rebasa después al de la economía. Hace poco John Coastworth le aplicó a los mismos cuestiones la perspectiva de la historia económica cuantitativa. Los resultados, como siempre es el

caso con este autor, son sumamente llamativos, aunque para el profano resulte a veces difícil coincidir con sus conclusiones. Por ejemplo, resulta sorprendente verlo insistir en la creciente importancia de la producción agrícola basada en su peso creciente dentro del PNB, peso que, a su vez, se debe casi exclusivamente al aumento en los precios comparativos del grano originados por la incapacidad de los productores campesinos para aumentar la producción con la rapidez requerida por el rápido aumento de la población. Aparentemente, la importancia de la agricultura dentro del PNB traduce sus carencias en términos cuantitativos. Como durante mucho tiempo lo ha sospechado la sabiduría convencional, esas carencias eran lo bastante graves como para cancelar súbitamente la bonanza de la plata.

Más que en los mecanismos básicos del cambio rural, a Brading le interesaban las complejas repercusiones provocadas por el cambio en una sociedad rural más diferenciada de lo que previamente se creía. El Bajío, un área que en el siglo XVIII pasó de la periferia de la economía de Nueva España a convertirse en su centro más dinámico, ofrecía una perspectiva admirable para estudiar tales repercusiones, ya que en esta región el impacto del cambio era más evidente que en cualquiera otra. Pero por la misma razón no era razonable esperar que se produjeran fenómenos similares en todo el México rural. Sin embargo, lo que reveló el Bajío fue suficiente para socavar completamente la autoridad de un libro pionero en el campo de la historia rural del México colonial: *Les grands domaines au Mexique*, de François Chevalier⁶⁶. Brading comienza apropiadamente su libro con un breve y magistral ensayo historiográfico, donde explica convincentemente las razones para el prolongado éxito de Chevalier y demuestra que éstas tenían muy poco que ver con la validez histórica de sus hipótesis.

Antes de Brading, William Taylor había controvertido ya las opiniones de Chevalier al ofrecer "una visión alternativa" desde el sur⁶⁷. Pero su discrepancia no era tan amenazante para la interpretación que entonces predominaba. Recalcaba esencialmente que en México el sur es diferente, lo cual es perfectamente cierto. Tan diferente in-

62. David Brading, *Miners and Merchants in Bourbon Mexico, 1763-1810*, Cambridge (Inglaterra), 1971.

63. Enrique Florescano, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México, 1708-1810*, México, 1969.

64. Woodrow W. Borah, *New Spain's Century of Depression*, Berkeley, 1951.

65. David Brading, *Haciendas and Ranchos in the Mexican Bajío. León, 1700-1860*, Cambridge (Inglaterra), 1978.

66. François Chevalier, *La Formation des Grandes Domaines au Mexique: Terre et Société aux XVI-XVII Siècle*, Paris. 1952.

67. William B. Taylor, "Landed Society in New Spain: a View from the South" in *Hispanic American Historical Review* 54 (1974), 387-413.

cluso era la región sureña mexicana que el énfasis de Taylor sobre el control de la tierra en este caso resultaba parcialmente desorientador. Resultaría difícil adivinar a partir de su estudio, admirablemente meticuloso, de la tenencia de la tierra en Oaxaca⁶⁸ que las comunidades indias que controlaban sus tierras mucho más exitosamente que en el centro de México estaban sujetas a mecanismos alternativos de extracción de excedentes más semejantes a las de las áreas maya o andina que a las del centro del México.

Respecto a ese centro, disponemos no sólo de un esbozo general más detallado del cambio socioeconómico rural durante el último siglo de la colonia que para cualquier otra área de América hispana, sino también de un esquema detallado que progresivamente se está llenando por medio de artículos regionales (como los de Eric Van Young y Claude Morin) y de consideraciones específicas de grupos y sectores sociales (como en la muy importante tesis inédita de John Tutino sobre la élite terrateniente en la edad de plata). Mucho menos adelantada está la elaboración de un panorama general de la economía colonial mexicana. En lo tocante al sector mercantil, el concienzudo pero implacablemente descriptivo estudio de John Kicza no añade mucho a la brillante –pero reconocidamente presurosa y necesariamente polémica– rehabilitación de Alaman presentada por Brading en la parte intermedia de su *Miners and Merchants*. Claro está que una visión global implícita de la economía colonial mexicana se oculta tras las fragmentarias reconstrucciones cuantitativas que hoy se están efectuando. En un libro muy esperado sobre el tránsito de México del atraso al subdesarrollo, John Coatsworth promete consagrarse a ella más directamente que en sus llamativas inquisiciones cuantitativas. Por supuesto que la atención a la economía mexicana en conjunto es un aspecto necesario de cualquier estudio económico, y no solamente social, del México colonial; y pueden esperarse atisbos importantes del próximo estudio de Richard Salvucci sobre los obrajes.

Incluso para México, un área que ha atraído más que cualquier otra la atención de los historiadores de la colonia hispanoamericana, apenas está empezando a emerger un panorama general de los rasgos y las orientaciones en el cambio socioeco-

nómico. Para el resto del imperio español, lo que tenemos es mucho más fragmentario. Si bien algunas obras llaman la atención por su interés metodológico (como las de Marcello Carmagnani sobre la estructura económica del Chile colonial o la de John Lombardi sobre la Venezuela colonial) y otras por la riqueza de sugerencias no siempre bien desarrolladas (entre ellas los brillantes ensayos del fallecido Mario Góngora)⁶⁹ estos esfuerzos no están respaldados realmente en el acuerdo básico sobre prioridades acerca de la definición de temas por explorar y de rumbos por emprender, gracias la cual podrían constituir un conjunto tan valioso como el de México (y en menor grado como el del área andina).

Hispanoamérica después de la Independencia

Es todavía más acentuado el carácter fragmentario de nuestro conocimiento sobre Hispanoamérica después de la independencia. Aquí sólo va a ser posible marcar unos rumbos e indicar el vasto territorio que éstos improvisadamente están abriendo a futuras exploraciones, y tratar de imponer en este paisaje árido y confuso alguna semblanza de regularidad al recorrerlo primero desde una perspectiva cronológica y luego desde una temática.

El período de la independencia empieza apenas a emerger ahora de una larga siesta historiográfica, inducida cuando se convirtió en terreno reservado de la historia patriótica. Con tantas alternativas atrayentes a su disposición, son pocos los historiadores en su sano juicio empeñados en desafiar instituciones tan belicosas como el Instituto Sanmartiniano de Argentina o sus equivalentes en otros países latinoamericanos. Dado que el propio Salvador de Madariaga, protegido como lo estaba por una reputación internacional y un pasaporte británico, alguna vez fue expulsado sin contemplaciones de Venezuela por sus conceptos desobligantes sobre Bolívar, semejante cautela resulta muy comprensible; y su sabiduría hubo de confirmarse nuevamente ante la ola de organización indignación patriótica suscitada por la publicación de una serie de ensayos sobre la independencia del Perú, recopilados por Heraclio Bonilla (y bastante anodinos, salvo el agresivo capítulo introductorio, redactado por Karen Spalding y el com-

68. William B. Taylor, "Landed Society in New Spain: a View from the South," id.

69. Una buena selección que refleja los amplios intereses de Góngora es la que ofrece el libro de Mario Góngora, *Studies in the Colonial History of Spanish America*, Cambridge (Inglaterra), 1975.

pilador). Pero la situación está cambiando más de prisa de lo que sugieren episodios como éstos. Sin meterse en complicaciones, Germán Carrera Damas logró en Venezuela denunciar y hacer mofa, en lo forma más abiertamente provocadora, del culto a Bolívar (al reiterar indelicadamente, por ejemplo, que no había sido un verdadero demócrata, circunstancia muy penosa para los venezolanos bien pensantes y, con crueldad mayor aún, al consagrarle un brillante estudio a las raíces históricas de ese culto).

Esta inesperada coexistencia no conflictiva se hizo posible en parte por el hecho de que el nuevo interés por el período de la independencia se concentra en temas muy lejanos de los preferidos por la historiografía patriótica y a que son muy escasas las zonas de contacto y por consiguiente de conflicto potencial. Los intereses nuevos se concentran en lo que significó la independencia para las sociedades hispanoamericanas. La nueva forma que pueda revestir el tema está parcialmente anticipada en el estudio general de John Lynch sobre el período⁷⁰, el que entreteje elegantemente los nuevos temas con los elaborados por la historiografía liberal-nacionalista. El impacto social de la independencia, todavía más que otros temas de la historia hispanoamericana, requiere un enfoque regional, e incluso subregional. Lo hecho hasta hoy es desigual y, en muchos sectores, bastante tentativo. En México, muchos años después del estudio precursor de Luis Villoro⁷¹ sobre la reacción de diferentes grupos sociales ante la crisis final de orden colonial, repleto de valiosos atisbos pero desconcertante por las constantes vacilaciones entre "clases en sí" y "clases para sí", las perspectivas hoy adoptadas son menos panorámicas. Así, John Tutino ha tomado la rebelión de Hidalgo dentro del contexto del Bajío, cuando éste pasaba por un momento crítico en su trayectoria económica; y Hugh Hamill echó luz—aunque indirectamente—sobre el impacto social de la rebelión mediante un análisis cuidadoso de la propaganda revolucionaria y contrarrevolucionaria. Simultáneamente, Eric van Young ha iniciado un estudio social de los seguidores de Hidalgo y, esperamos, nos llevará lejos de la horda primitiva de que hablaba Alamán (y, aunque con menos estridencia, otros contemporáneos de convicciones conservadoras menos firmes).

70. John Lynch, *The Spanish American Revolutions, 1808-1826*, Nueva York, 1973.

71. Luis Villoro, *El proceso ideológico de la revolución de la independencia*, México, 1967.

En Perú, tanto el importante artículo añadido por Bonilla a la segunda edición de *La independencia del Perú*⁷² y los estudios de Christine Hünefeldt sugieren que la lucha por la independencia le dio a las élites provinciales de la sierra la oportunidad de afianzarse, cuando demostró ser útil tanto a las poblaciones locales (al ahorrarles algunos los perjuicios de la guerra) como a las facciones en contienda (al organizar en representación suya la movilización de los recursos locales). Esta opinión se confirma con lo que halló Florencia Mallon en los Andes Centrales. Pero resulta difícil hacer generalizaciones, aunque sólo fuera para el Perú, a partir de estos datos. En Jicotepec, su rincón nativo en la costa del norte, Manuel Burga descubrió en cambio que el nuevo poder, en perjuicio tanto de las comunidades como de las élites locales, transfirió el control de la tierra a sus acreedores, casi todos urbanos (comerciantes, pero también empleados públicos y oficiales del ejército a quienes se les adeudaban sueldos)⁷³. Atisbos igualmente contradictorios se hallan en otros estudios no consagrados explícitamente al impacto de la independencia; y parece indudable que ésta significó un retroceso transitorio para la hacienda en México.

En otras áreas lo que tenemos es casi siempre indirecto y fragmentario. En Venezuela, Germán Carrera Damas, en lo que se inició como una discusión sobre historiografía, demostró brillantemente que el movimiento encabezado por Boves no fue, y no podía haber sido, un capítulo dentro de la lucha de las masas rurales por la tierra⁷⁴. En Uruguay, un resuelto equipo trató de demostrar lo contrario: es decir, que Artigas había comandado una revolución agraria. Si bien no lograron convencer a muchos de sus lectores (salvo a los ya previamente convencidos), fueron mucho más afortunados en la reconstrucción de la incipiente estructura social del Uruguay en su etapa pionera, al haber efectuado una paciente y minuciosa reconstrucción y un inteligente análisis de todos los documentos disponibles sobre la tierra, el comercio y el crédito. Se trata sin duda de una enorme

72. Heraclio Bonilla, "Clases Populares y Estado en el contexto de la crisis colonial", en Bonilla y otros, *La Independencia del Perú*, 2a. edición, Lima, 1981.

73. Manuel Burga, *De la encomienda a la hacienda capitalista, El valle del Jequetepec del Siglo XVI al XX*, Lima, 1976.

74. Germán Carreras Damas, Estudio preliminar de *Materiales para el estudio de la cuestión agraria en Venezuela, 1800-1830*, vol. I, Caracas, 1964.

realización, que ha sido emulada para ninguna otra región o período⁷⁵.

También en otro frente se han hecho adelantos en el estudio de la independencia. En parte como prolongación de lo que se está haciendo actualmente sobre la administración colonial española, ha surgido una nueva curiosidad (principalmente entre estudiosos no hispanoamericanos) por la asombrosa eficacia de la resistencia realista. El estudio del aspecto contrarrevolucionario de la lucha ha progresado de manera considerable, especialmente en el dominio de los detalles. Sin embargo, no puede decirse que las recientes contribuciones, incluso las excelentes realizadas por Timothy Ann⁷⁶, impongan una revisión drástica de nuestros criterios sobre el tema, y menos aún en el caso de *Rebellion and Loyalty*, de Jorge Domínguez, quien trata de aunar revolución y contrarrevolución como alternativas de que disponían las élites coloniales; pero su libro, desde el punto de vista de un historiador, se las arregla para ser a la vez obvio y disparatado. Aún así, estos estudios abren nuevas rutas y ofrecen las referencias básicas de un territorio nuevo cuya completa exploración forzosamente habrá de introducir cambios significativos en nuestra visión del proceso revolucionario.

El orden postrevolucionario tuvo como uno de sus fundamentos la apertura del comercio. No existe una exploración sistemática del tema distinta al examen pendenciero y en general poco convincente efectuado por Christopher Platt⁷⁷. Lo cual es lamentable porque se han hecho suposiciones sobre este impacto que se están incorporando no sólo a la visión que los latinoamericanos se hacen de su propio pasado sino también al saber recibido del gremio de historiadores, no sin riesgo para lo que se haya de construir sobre tan frágiles fundamentos. Nuestro conocimiento específico del tema es todavía demasiado precario como para permitir que opiniones como las que defienden el desencadenamiento de una tempestad librecam-

bista en el momento de la independencia coexistan con las de Sergio Villalobos, para el cual nada sustancial aconteció después de 1810 porque ya había sucedido antes (criterio que si bien no es muy extensamente compartido sigue siendo, en rigor, sostenible)⁷⁸.

La historia política de la lucha por la independencia, en su dimensión tanto institucional como ideológica, se ha visto menos afectada por la reciente renovación historiográfica. En el primer aspecto, el concienzudo examen de David Bushnell de los temas relacionados con la creación de un nuevo orden político en plena guerra en la Gran Colombia de Bolívar (y de Santander)⁷⁹ ha encontrado pocos imitadores (aunque William Lofstrom acometió problemas similares para la Bolivia recién independizada⁸⁰). Tal cosa no debe sorprender si se considera la vertiginosa cantidad de materiales dispares que Bushnell hubo de integrar dentro de su estudio. Hasta ayer, la dimensión ideológica de la de la independencia llamaba la atención en Hispanoamérica por razones básicamente extrínsecas. La búsqueda de "precursores" caracterizados por un catolicismo irreprochablemente ortodoxo y por ideologías firmemente antirrevolucionarias, si bien recibió el apoyo entusiasta de los organismos culturales de la España de Franco, estaba inspirada principalmente en la necesidad de obtener una legitimidad histórica para el creciente conservatismo del establecimiento hispanoamericano. Esta necesidad se satisface hoy en otras formas hasta el extremo de que por un tiempo Adam Smith parecía a punto de reemplazar a Suárez en la devoción de tales grupos (con tanta más facilidad cuanto que los devotos pero frívolos discípulos que estos considerables pensadores han hallado entre las clases conservadoras de América Latina rara vez se han molestado en leer a ninguno de ellos). Después de que la derecha ideológica resolviera dejar en paz tales cuestiones, la izquierda ideológica está probando suerte y ahora propone una visión nueva de Bolívar como precursor del Che Guevara. Pero la influencia más limitada de la izquierda en el establecimiento académico —y el interés a lo sumo

75. Lucía Sala de Tournon, Julio Carlos Rodríguez y Nelson de la Torre, *Estructura económico-social de la colonia*, Montevideo, 1967; *Evaluación económica de la Banda Oriental*, id.; *La revolución agraria artiguista*, id. 1969; *Después de Artigas (1820-1829)*, id. 1972.

76. Timothy Anna, *The Fall of the Royal Government in Mexico City*, Lincoln, 1978; *The Fall of the Royal Government in Peru*, id. 1979.

77. D.C.M. Platt, *Latin America and British Trade, 1806-1914*, Londres, 1973.

78. Sergio Villalobos, *El comercio y la crisis colonial: un mito de la independencia*, Santiago de Chile, 1968.

79. David Bushnell, *The Santander Regime in Gran Colombia*, Newark, Del., 1954.

80. William Lofstrom, *The Promise and Problem of Reform: Attempted Social and Economic Change in the First Years of Bolivian Independence*, Cornell, N.Y., 1972.

marginal que suelen tener por la historia política los exponentes más valiosos de ese credo— limita el posible impacto de este intento más abierto todavía de manipulación política que de los símbolos nacionales pueda tener en la trayectoria futura de la historiografía hispanoamericana. Si esto resulta tranquilizador, en cambio precluye la posibilidad de que surja pronto un nuevo estímulo para investigar el tema, a partir de las convulsiones políticas e ideológicas de la actual Hispanoamérica; y no parece que vaya a concluir pronto el relativo descuido en que se le tiene hoy. Ni que ese descuido sea compensado por el esfuerzo de estudiosos no hispanoamericanos (el último aporte significativo al estudio de las ideologías de la independencia proveniente de ese sector fue probablemente *Ideas and Politics of Chilean Independence*, de Simon Collier⁸¹).



Amarraperros No. 9
Aguafuerte y aguatinta
49 X 54.5 cm
1975

Para las épocas subsiguientes se encuentran sólo unos pocos intentos serios de efectuar una consideración global del proceso político nacional. La mayoría de estos datos se basan en la división del trabajo entre autores prácticamente independientes lo cual, en el mejor de los casos, garantiza un cubrimiento completo y una información

razonablemente fidedigna a expensas de una interpretación histórica realmente unificada. Los intentos más ambiciosos por conseguir ambos objetivos no han solido tener mayor éxito. Desde este punto de vista, los volúmenes políticos de la *Historia moderna de México*⁸², los que mejor reflejan los criterios históricos de su editor, Daniel Cossío Villegas, resultan excepcionales en su capacidad de integrar una plétora de detalles significativos dentro de una visión bien definida del pasado mexicano. (Esta es la visión que si bien se identifica con lo que los mexicanos se complacen en denominar su tradición liberal, tiene una dolorosa conciencia del abismo que separa las prácticas políticas establecidas bajo su influencia de todo lo que en otras partes se entiende por el término liberalismo). Gracias a esta perspectiva unificadora la obra de Cossío Villegas es una afortunada conjunción de percepción histórica y de pertinencia política contemporánea, un logro que obtenían con aparente facilidad los fundadores de la historiografía liberal nacionalista del siglo XIX y cuyo secreto parece haberse perdido para los historiadores hispanoamericanos posteriores. La pérdida es tan evidente que sólo la historia del Perú independiente de Jorge Basadre⁸³ (en mi opinión no tan apreciada como se lo merece por parte de los historiadores peruanos de generaciones posteriores) puede mencionarse en el mismo plano con la impresionante realización de Cossío Villegas.

La situación parece más promisoría si se miran no tanto el transcurso global de las historias políticas nacionales como algunos temas y conflictos específicos. Aquí han sido muy significativos los aportes del exterior. Desde *Economic Aspects of Argentine Federalism*⁸⁴ de Miron Burgin hasta *Coffee and Conflict in Colombia*⁸⁵ de Charles Bergquist, los estudiosos norteamericanos han tratado de arrojar nuevas luces sobre el conflicto político al llamar la atención sobre sus antecedentes socioeconómicos. Otra área en que los aportes

81. Simon Collier, *Ideas and Politics of Chilean Independence, 1808-1833*, Cambridge (Inglaterra), 1967.

82. Daniel Cossío Villegas, *Historia moderna de México*, México, 1955-73.

83. Es verdad que las virtudes de Basadre como historiador son más fáciles de percibir en las primeras y más manuales ediciones de su *Historia de la República del Perú* (véase, por ejemplo, la 3a. edición, Lima, 1946).

84. Miron Burgin, *The Economic Aspects of Argentine Federalism, 1820-1852*, Cambridge, Mass., 1946.

85. Charles Bergquist, *Coffee and Conflict in Colombia, 1886-1910*, Durham, N.C., 1978.

extranjeros han resultado también importantes es la biografía política, un género muy marginal dentro de la historiografía hispánica y sin embargo decisivo dentro de la tradición anglosajona. Algunas son útiles; muy pocas son más que eso. Entre ellas el reciente *Argentine Dictator*⁸⁶ de John Lynch es excepcional por sus vastas ambiciones históricas. En un intento inspirado al menos parcialmente por recientes barbaries, este estudio se esfuerza por obtener una iluminación recíproca entre Rosas y su marco nacional; tal esfuerzo sugiere la existencia de afinidades entre uno y otro mucho más hondas de lo que hubieran soñado los más optimistas de los enemigos de Rosas. Hay que agradecer todo esto; pero realmente es mucho menos de lo que realmente se requiere para obtener siquiera un esbozo fidedigno de la trayectoria política de Hispanoamérica durante el siglo XIX. Resulta paradójico que el siglo XX, durante el cual tanto la izquierda como la derecha —desde Lenin hasta Maurras— volvieron a descubrir la especificidad y el significado del momento político, sea también el siglo en que por primera vez no se ha dado por sentada la legitimidad de la historia política. En buena parte esto se debe al hecho de que para la mayoría de los países principales esa tarea ya se había llevado a cabo, y quizás con exceso. Lo malo es que este no es en forma alguna el caso de Hispanoamérica; y es de esperar que los historiadores hispanoamericanos no tarden en sentirse dispuestos a hacer un ensayo con la historia política (el que, si ha de tener alguna utilidad, deberá ser muy distinto a la combinación de celebraciones sin sentido y de una acumulación de datos igualmente sin sentido que se nos ofrece frecuentemente con ese rótulo).

Si se dejan a un lado estos ejercicios de historia académica, los aportes de los autores hispanoamericanos a la historia política del siglo XIX han sido hasta hoy en su mayoría reconstrucciones interpretativas que, en el mejor de los casos, ofrecen una irritante mezcla de atisbos agudos y de manipulación interesada del pasado. El examen de la historia de Colombia de Indalecio Liévano Aguirre, donde describe esa historia como una serie de conflictos entre la oligarquía y los dirigentes populares que surgen periódicamente para desafiar el dominio de la oligarquía y luego son aniquilados e infamados póstumamente como enemigos del gobierno libre⁸⁷, ofrece un ejemplo extra-

mo que exagera las contradicciones entre los méritos y las limitaciones del género. El carácter básicamente arbitrario de este ejercicio historiográfico, incluso en el mejor de sus exponentes, se puso de presente cuando Liévano Aguirre, agradecido con el presidente Lleras Restrepo por haberlo incluido en su gabinete, procedió a exaltar a este hijo mimado de la oligarquía como el nuevo vengador de las masas oprimidas*.

Con la historia política del siglo XX franqueamos imperceptiblemente la frontera entre historia y ciencia política. Nuestra visión histórica de los cambios políticos subsiguientes a la irrupción de las masas en el poder debe tanto, por ejemplo, a *Power and Society in Contemporary Peru*⁸⁸ de François Bourricaud como a *Politics in Argentina*⁸⁹ de David Rock. Pero lo significativo del caso es que lo que muestra comprensión histórica les debe a los dos no sea intrínsecamente muy distinto, pese a que el libro de Bourricaud sea claramente una obra de ciencia política y el de Rock sea de historia. Contamos así mismo ahora con intentos interesantes de integrar las dos perspectivas metodológicas, generalmente con un sesgo cuantitativo. Peter Smith lo ensayó primero para la historia política de Argentina (con resultados brillantes en *Politics and Beef in Argentina*⁹⁰, y menos convincentes en *Argentina and the Failure of Democracy*⁹¹ y luego para el México revolucionario. En el estudio de las élites políticas encontró un instrumento admirable para la exploración histórica de esta paradójica revolución de masas, el que empleo con brillantes resultados en *Labyrinths of Power*⁹².

Otros aspectos de la historia político-administrativa se prestan mejor a estos enfoques cuantitativos. James Wilkie los utilizó para descubrir las

* Halperin está totalmente errado en el hecho (Liévano no fue ministro del gobierno de Carlos Lleras) y en el juicio que del supuesto hecho deriva.

88. François Bourricaud, *Pouvoir et Société dans le Pérou Contemporain*, Paris, 1967.

89. David Rock, *Politics in Argentina, 1890-1930. The Rise and Fall of Radicalism*, Cambridge (Inglaterra), 1975.

90. Peter W. Smith, *Politics and Beef in Argentina: Patterns of Conflict and Change*, Nueva York, 1969.

91. Peter H. Smith, *Argentina and the Failure of Democracy: Conflict and Political Elites, 1904-1955*, Madison, 1974.

92. Peter H. Smith, *Labyrinths of Power: Political Recruitment in Twentieth Century Mexico*, Princeton, 1979.

86. John Lynch, *Argentine Dictator, Juan Manuel de Rosas, 1829-1852*, Oxford, 1981.

87. Indalecio Liévano Aguirre, *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, 4 volúmenes, Bogotá, 1961.

prioridades políticas efectivas de las sucesivas administraciones postrevolucionarias en México⁹³. Sobre una cuestión muy diferente, Herbert Klein (cuyo *Parties and Political Change in Bolivia, 1888-1952*⁹⁴ es una de las pocas historias políticas nacionales con verdadera valía historiográfica) hace poco fue el coautor de un estudio sobre *Revolution and the Rebirth of Inequality*⁹⁵, el que una vez más acude a métodos cuantitativos para lograr nuevos atisbos acerca de la era de confuso cambio político que se inició en Bolivia con la revolución de 1952.

La historia política postindependista ofrece así apenas más que un muestrario de posibilidades historiográficas todavía por desarrollar en su integridad. Tal es aún más el caso con otras ramas historiográficas por lo general menos definida en sus alcances. También en éstas es todavía más fuerte la influencia de dos impulsos enfrentados —perceptibles ya en las obras recientes de mayor interés sobre historia política. Mientras se esfuerzan por lograr un enfoque metodológico más estricto y más preciso del trabajo histórico, esos impulsos redundan en una actitud impaciente con las limitaciones que las fronteras existentes entre las distintas subdisciplinas impondrían, si se las tomara demasiado en serio, a la exploración del pasado.

El resultado es un paisaje historiográfico curiosamente fragmentado. Ahora no podemos examinar sino sus rasgos más prominentes. La historia económica, por supuesto, ofrece un campo relativamente bien definido, con una metodología mejor definida aún; pero la pura historia económica apenas comienza a perfilarse como un sector especial dentro de las actividades académicas. John Coatsworth, caso excepcional en su capacidad para construir sobre los contradictorios fundamentos de la Nueva historia Económica y el fermento de sus convicciones sociopolíticas, suministra una presentación perspicaz y rica de los cambios acaecidos al México porfiriano con la introducción de los ferrocarriles⁹⁶, en la que se fun-

den sin tropiezos la perspectiva histórica y la económica. La mayor parte de las obras recientes en este campo se sitúan en cambio en algún punto dentro del continuo entre las dos disciplinas, cuyos respectivos enfoques no logran integrar completamente. Así, el fallecido Carlos Díaz-Alejandro, por más que hubiera insertado la palabra "historia" en su título⁹⁷, es sin lugar a dudas un economista que busca ejemplos en el pasado de Argentina. Roberto Cortés Conde, en el estudio de éstos, introduce el interés prioritario del historiador en procesos de cambios concretos⁹⁸. A su vez, Thorp y Bertram, en su perspicaz investigación sobre el Perú⁹⁹, oscilan constantemente en su punto de equilibrio (pero casi siempre hacia el costado de la historia).

Entre los territorios de la historia económica, social y política, la dimensión retrospectiva del interés recientemente renovado por la economía política está haciéndose a un espacio historiográfico todavía precariamente colonizado por estudiosos en el que, hasta hace poco, era dominio indiscutido de ensayistas hispanoamericanos que habían llevado a él las mismas virtudes y las mismas carencias que verificamos en sus exploraciones de la historia política pura. Su ánimo esencialmente polémico y argumentador sólo excepcionalmente inspiró un esfuerzo historiográfico sostenido. Así, *Industria y protección en Colombia*¹⁰⁰, un alegato indiscutiblemente apasionado pero documentado admirablemente y expuesto con coherencia en contra del proteccionismo, es menos característico de la producción hispanoamericana que el elegante *Economía y cultura en la historia de Colombia*, de Luis Eduardo Nieto Arteta¹⁰¹, una atrayente colección de justificadas conjeturas sobre la dimensión económica de los conflictos sociopolíticos en el pasado de Colombia.

93. James R. Wilkie, *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change since 1910*, Berkeley, 1966.

94. Herbert S. Klein, *Parties and Political Change in Bolivia, 1880-1952*, Cambridge (Inglaterra), 1969.

95. Jonathan Kelley y Herbert S. Klein, *Revolution and the Rebirth of Inequality, a Theory applied to the National Revolution in Bolivia*, Berkeley, 1981.

96. John Coatsworth, *Growth against Development: the Economic Impact of Railroads in Porfirian Mexico*, De Kalb, 111, 1981.

97. Carlos Díaz-Alejandro, *Essays on the Economic History of the Argentine Republic*, New Have, 1970.

98. Roberto Cortés Conde, *El progreso argentino, 1880-1914*, Buenos Aires, 1979.

99. Rosemary Thorp y Geoffrey Bertram, *Peru 1890-1977, Growth and Policy in an Open Economy*, Nueva York, 1978.

100. Luis Ospina Vásquez, *Industria y Protección en Colombia, 1810-1930*, Medellín, 1965.

101. Luis Eduardo Nieto Arteta, *Economía y Cultura en la Historia de Colombia*, 2a. edición, Bogotá, 1962.

La dirección que está tomando la transición del ensayo al estudio histórico se refleja bien, también en el caso de Colombia, en el estudio de Marco Palacios sobre las políticas y los grupos sociales configurados en torno a la caficultura colombiana¹⁰², intrincada traducción de un conjunto exasperantemente intrincado de procesos históricos entrelazados. Sólo para Uruguay disponemos de algo más que un esbozo general para una nueva consideración del pasado. La obra masiva de José Pedro Barrán y Benjamín Nahum sobre un momento decisivo en la historia de esa nación —el fracaso de la mayoría batllista dentro de la mayoría del partido colorado para imponerle al partido y a la nación una trayectoria inflexible y radicalmente reformista— es un anticipo de lo que potencialmente puede ofrecernos esta versión nueva del pasado. Han aparecido ya cinco de los siete volúmenes sobre el tema planeados por los autores. El resultado es admirable, dado que organizan una abundancia abrumadora de datos históricos en torno a una vigorosa interpretación del curso de la historia uruguaya, tan original como convincente¹⁰³.

Los adelantados hispanoamericanos en este nuevo territorio historiográfico, quienes generalmente comparten algunas al menos de los supuestos de la literatura ensayística a la que tratan de reemplazar con un trabajo histórico más sólido, a través de repetidas experiencias han aprendido que tales ensayos son quizás una fuente de hipótesis imaginativas pero que jamás debe concedérseles autoridad. Sin embargo, sus homólogos norteamericanos no siempre se muestran tan reticentes como debieran frente a este seductor pero riesgoso legado ensayístico. El haber confiado en él disminuye parcialmente la utilidad de estudios admirables por otros conceptos, como *Revolution in the Pampas*¹⁰⁴ de James Scobie, y cancela totalmente la validez de otros, entre los cuales *Poverty and Progress*¹⁰⁵ de Bradford E. Burns constituye el ejemplo más reciente.

En el campo de la historia social, la del trabajo apenas está empezando a emerger del dominio a que la habían sometido perspectivas estrictamente partidistas; y el estudio de la historia urbana se ha cultivado más episódicamente todavía que el de otras subsecciones. (*Sao Paulo, From Community to Metropolis*¹⁰⁶ de Richard Morse sólo tiempo después habría de proseguirse con *Buenos Aires. Plaza to Suburb*¹⁰⁷ de James Scobie, pero casi todo el progreso se debe a estudios que rehuyen la consideración monográfica de una ciudad para concentrarse en asuntos específicos de la historia urbana tales como se reflejan en más de un centro urbano). El estudio histórico de las tensiones sociopolíticas de nuestro siglo, principal aunque no exclusivamente urbanas, está menos desarrollado todavía. (Nos enteramos de este fenómeno por medio principalmente de los sociólogos y de los politólogos, los que siempre han producido una rica literatura sobre algunos temas conexos, tales como la significación de las invasiones y de los tugurios en las ciudades hispanoamericanas del siglo XX).

El examen más superficial de algunas obras recientes importantes en el campo de la historia social rural revela la diversidad de temas, problemas y enfoques que contiene. *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930*¹⁰⁸, oculta bajo su inexpressivo título una brillante reconstrucción de los procesos de cambio efectuados durante los ocho decenios finales de ese largo período. La obra se concentra en el impacto de las mudables condiciones de mercadeo y transporte en un sector agrícola que, tras una breve bonanza, se las arreglaron para sobrevivir mediante un desconocimiento sistemático de las innovaciones tecnológicas; y examina también a la élite terrateniente que logró consolidarse en circunstancias tan poco auspiciosas. *Historia rural del Uruguay moderno*¹⁰⁹, la primera contribución historiográfica importante del equipo Barrán y Nahum, rastrea la modernización del campo uruguayo bajo la conducción social de la clase terrateniente y la orientación intelectual e ideológica de los organizados.

102. Marco Palacios, *Coffee in Colombia, 1850-1970, an Economic, Social and Political History*, Cambridge (Inglaterra), 1980.

103. José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, *Batlle, los estancieros el imperialismo británico*, cinco volúmenes publicados, Montevideo, 1979-...

104. James R. Scobie, *Revolution in the Pampas: a Social History of Argentine Wheat, 1860-1910*, Austin, 1964.

105. E. Bradford Burns, *The Poverty of Progress, Latin America in the Nineteenth Century*, Berkeley, 1980.

106. Richard M. Morse, *From Community to Metropolis: a Biography of Sao Paulo, Brazil*, Gainesville, 1958.

107. James R. Scobie, *Buenos Aires: Plaza to Suburb, 1870-1910*, Nueva York, 1978.

108. Arnold J. Bauer, *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930*, Cambridge (Inglaterra), 1975.

109. José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, *Historia Rural del Uruguay Moderno*, 6 volúmenes, Montevideo, 1967-77.

res de sus instituciones empresariales, proceso que queda ampliamente iluminado mediante el doble interés de los autores en la historia socio-económica y en la historia de las ideas y de las ideologías. El reciente libro de Ezequiel Gallo, *La Pampa gringa*¹¹⁰, una historia social que examina las primeras iniciativas de colonización agrícola por parte de campesinos inmigrantes en Santa Fe, Argentina, durante los años 1870 y 1880, está asentado en una delicada nostalgia que le añade sensibilidad y finura a sus agudos análisis socioeconómicos.

Las obras de Bauer, Barrán y Nahum y Gallo representan tres iniciativas historiográficas sumamente distintas. Basta con ponerlas al lado del impresionante libro de Florencia Mallon sobre los Andes centrales¹¹¹ para darse cuenta de que, pese a todas sus diferencias, las tres obras se ocupan de un orden rural definido dentro de un contexto totalmente modernizado (incluso el atraso tecnológico de Chile y Uruguay procede más de premeditados cálculos económicos que de una ciega lealtad a la tradición y a la rutina). Lo que le confiere un peso y una dimensión adicionales al estudio de Mallon es su conexión con un mundo diferente pero igualmente hispanoamericano en el que campesinos que también siguen siendo indios están ingresando a una transición que los convertirá en proletarios o en agricultores (el mundo descrito desde la diferente perspectiva de la circulación en el fascinante libro de Rodrigo Montoya *Capitalismo y no capitalismo en el Perú*¹¹² donde todavía se puede descubrir la frontera que lejos de aislar más bien integra una economía de mercado con otra todavía regulada parcialmente por el intercambio ritual). Esta compleja transición, en la que la comunidad tiene que luchar por su supervivencia no sólo contra la vanguardia de un capitalismo invasor que la acosa desde fuera sino también contra la que procede de la comunidad misma, le confiere al estudio de Mallon su riqueza y su poder de sugestión; pero contribuye también a algunas de las vacilaciones conceptuales (reflejadas ya en su doble título) que hacen menos inmediatamente pertinente de lo que parece la lec-

ción de esta admirable obra histórica para la búsqueda de modelos generales aplicables al estudio de las sociedades campesinas en transición.

La abundancia de reconstrucciones precisas e inteligentes de procesos de cambio efectivos y (pese a la agudeza y al refinamiento del interés de Mallon por los "marcos teóricos") la subsistencia de incertidumbres cuando se trata de situarlos dentro de un horizonte conceptual o histórico más vasto, son rasgos frecuentes en las mejores obras sobre América Latina. Volveremos a hallar estas incertidumbres en los estudios sobre la historia de las ideas. En la América hispana, como en Brasil, el tema está en proceso de disolverse en una miríada de investigaciones en potencia que siguen orientaciones específicas definidas no sólo frente al contexto dentro del cual debe procederse al estudio de dichas ideas sino también por una modificación, parcial al menos, del énfasis del historiador. Cada vez está menos claro si el estudio de este contexto se considera necesario para una mejor comprensión de las ideas en cuestión o si el contexto en cambio es el objetivo primordial de la investigación, con las ideas en un papel ancilar como fuentes de nuevos atisbos para su mejor comprensión. El último intento de practicar y justificar una historia de las ideas por su propio mérito se puede identificar con la figura de Leopoldo Zea, y le debe mucho al supuesto implícito que guió los esfuerzos colectivos orientados por sus mentores de la diáspora española, en especial José Gaos. Es cierto que Zea habría de superar ese punto de partida y recalcar más y más, como clave básica de su investigación, la posición específica de un mundo hispano que simultáneamente es parte y no es parte de occidente. Zea prosiguió esta línea de especulación histórica hasta acercarla al terreno tradicional de la filosofía de la historia. Pero esta inclinación, que refleja un enfoque menos intransigentemente "puro" a la historia de las ideas de lo que pudiera parecer a primera vista, lo condujo por un camino muy distinto al de los recientes intentos por ampliar y enriquecer el marco histórico y empírico contra el cual debe proyectarse el despliegue de ideas y de ideologías a lo largo del tiempo.

Sin embargo, el examen del contexto histórico de las ideas es casi el único rasgo común entre los esfuerzos más recientes, comenzando por *Mexican Liberalism in the Age of Mora*¹¹³ de Charles Hale,

110. Ezequiel Gallo, *La pampa gringa, La colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)*, Buenos Aires, 1983.

111. Florencia E. Mallon, *The Defense of Community in Peru's Central Highlands, Peasant Struggle and Capitalist Transition, 1860-1940*, Princeton 1983.

112. Rodrigo Montoya, *Capitalismo y no-capitalismo en el Perú (Un estudio histórico de su articulación en un eje regional)*, Lima, 1980.

113. Charles A. Hale, *Mexican Liberalism in the Age of Mora, 1821-1853*, New Haven, 1968.

donde la transición del enfoque tradicional a otro más empírico sobre la historia de las ideas está enunciada clara pero demasiado escuetamente. Aquí los cambios en el pensamiento liberal se vinculan a las experiencias políticas de los orígenes del México independiente con una precisión y una atención al detalle que contrastan con la predisposición de Zea a erigir a partir del panorama de las ideas hipótesis sobre su propio panorama social, disposición reflejada deplorablemente en su descubrimiento de una burguesía en ascenso tras cada avance del positivismo en América hispana. La obra de Hale era sólo el comienzo: podremos descubrir uno de los posibles desenlaces de esta transición en *The Ideal of the Practical*¹¹⁴ de Frank Safford, que reúne un estudio erudito de los intentos efectuados por algunos conservadores colombianos ilustrados a mediados del siglo XIX por garantizarles a sus hijos una educación técnica con una exploración fascinante de la tortuosa transición entre los ideales ilustrados de la era de los Borbones y este culto, estrictamente despolitizado, de lo práctico. Safford suministra una aguda evaluación de la influencia que la que la preocupación de la vieja élite ante los advenedizos sociales, lanzados por las facultades de derecho a la vida pública, tenía en esta sorprendente reformulación de su ideal cultural y, mediante todo esto, nos ofrece algo más y algo menos que una historia tradicional de las ideas.

Con *Caudillos culturales en la revolución mexicana*¹¹⁵ de Enrique Krauze las ideas profesadas por una generación de intelectuales son empleadas por el historiador como parte de su materia prima para explicar la idea que esos intelectuales se hacían del transcurso de sus carreras, a medida que éstas eran aupadas o se iban a pique con motivo de la revolución. *La locura en la Argentina* de Hubo Vezzetti¹¹⁶ una vez más nos ofrece algo completamente distinto: una elaboración impecablemente foucaultiana sobre un tema exquisitamente foucaultiano, en el que, por supuesto, las ideas sobre la locura prevalecientes en Argentina a comienzos del siglo XX presuntamente ofrecen claves decisivas para una visión general de la sociedad; tales ideas a su vez estaban destinadas a

servir de instrumento teórico y práctico para dominar totalmente dicha sociedad.

Una vez más, aquí la búsqueda de rumbos definidos precisamente para la exploración del pasado multiplica las perspectivas y convierte la visión sintética general de ese pasado en una meta cada vez más elusiva. Pero esta limitación no puede considerarse sólo como consecuencia de una agitada exploración de nuevas perspectivas históricas, visible también en otros campos de la historiografía donde no obtiene los mismos resultados. La razón de esta divergencia es clara. Sea cual fuere la heterogeneidad en los enfoques individuales que se pueda plantear, por lo general se dispone de un terreno común en los países metropolitanos, gracias a una densa red de datos históricos firmemente establecidos y que se han convertido en patrimonio común de todos los historiadores. Es muy poco todavía lo que de eso existe para la historia latinoamericana. La diferencia que puede hacer esta densidad relativamente baja de investigación histórica puede calcularse al examinar un tema que, menospreciado en comparación con otros de las historiografías centrales está sin embargo excepcionalmente bien tratado dentro de la práctica latinoamericana. Me refiero a México y a su revolución.

Sobre ningún fenómeno histórico reciente tenemos libros como *The Secret War in Mexico*¹¹⁷ de Friedrich Katz, el que además de un estudio detallado y exhaustivo de la revolución dentro de un contexto mundial incluye una primera exploración sistemática de la dimensión regional dentro de la conmoción suscitada por el desmoronamiento del porfiriato, y *La frontera nómada: Sonora y la revolución mexicana* de Héctor Aguilar Camín (un extenso libro sin una sola falla y que demuestra triunfalmente cómo la historia narrativa, realizada con propiedad, puede también ser el mejor tipo de historia analítica y centrada en los problemas)¹¹⁸. Hay, además de estas dos obras vigorosas, desde biografías políticas de casi todas las figuras principales del movimiento, comenzando por la obra mercedamente exitosa de John Womack sobre Zapata (y por supuesto con la excepción de Villa, respecto al cual la simpatía de Katz no es suficiente), hasta análisis de movimien-

114. Frank Safford, *The Ideal of the Practical: Colombia's Struggle to form a Technical Elite*, Austin, 1976.

115. Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la revolución mexicana*, México, 1976.

116. Hugo Vezzetti, *La locura en la Argentina*, Buenos Aires, 1983.

117. Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico, Europe, the United States and the Mexican Revolution*, Chicago, 1981.

118. Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada: Sonora y la revolución mexicana*, México, 1977.

tos regionales e intentos por interpretar algunas figuras secundarias representativas. Sería inútil negar que la calidad de estas obras es dispareja; y gran parte de sus inspiraciones y de sus criterios son tan heterogéneos como los que predominan en cualquier otro campo. Pero la abundancia relativa le permite al lector percibir dónde éstas se sobreponen o se contradicen. Si el lector es paciente, podrá incluso llegar a formularse una opinión, no sólo al elegir entre las diversas interpretaciones disponibles sino al evaluarlas frente a lo que con ingenuidad y exceso de optimismo ese lector llamaría "los hechos" pero que sería más bien su propia interpretación. Pero tal opinión, sin embargo, está al menos en parte basada en un patrimonio común de hechos que, en lo que concierne a la revolución mexicana, está al borde de llegar a la masa crítica gracias a la cual su intento de erigir sobre ella una opinión razonablemente independiente del proceso resulta plausible al menos.

Quisiera concluir con esta nota moderadamente alentadora; una nota que pide una conclusión convencional, tranquilizadora y exenta de polémica. Si bien pueden hallarse muchas otras al final de este recorrido, hemos descubierto una que resulta inescapable: la de que queda mucho por hacer.